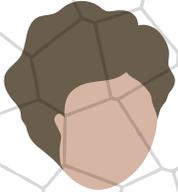


YO SOY USTEDES



**YO
SOY
USTEDES**

Dirección General

Orlando Jaramillo Jaramillo
Presidente Méderi

Dirección Editorial

Martha Isabel Ramírez Rojas
Jefe de Atención al Usuario Méderi

Editor

Mauricio Liévano Quimbay
www.atardescendientes.com

Colaboración especial

Lina María Murcia Díaz.
Angélica Benavides Gómez
Ana María Cáceres García

Diseño e impresión

Brand Tools S.A.S

ISBN 978-958-56066-1-6

Primera edición – Diciembre de 2019

ISBN: 978-958-56066-1-6

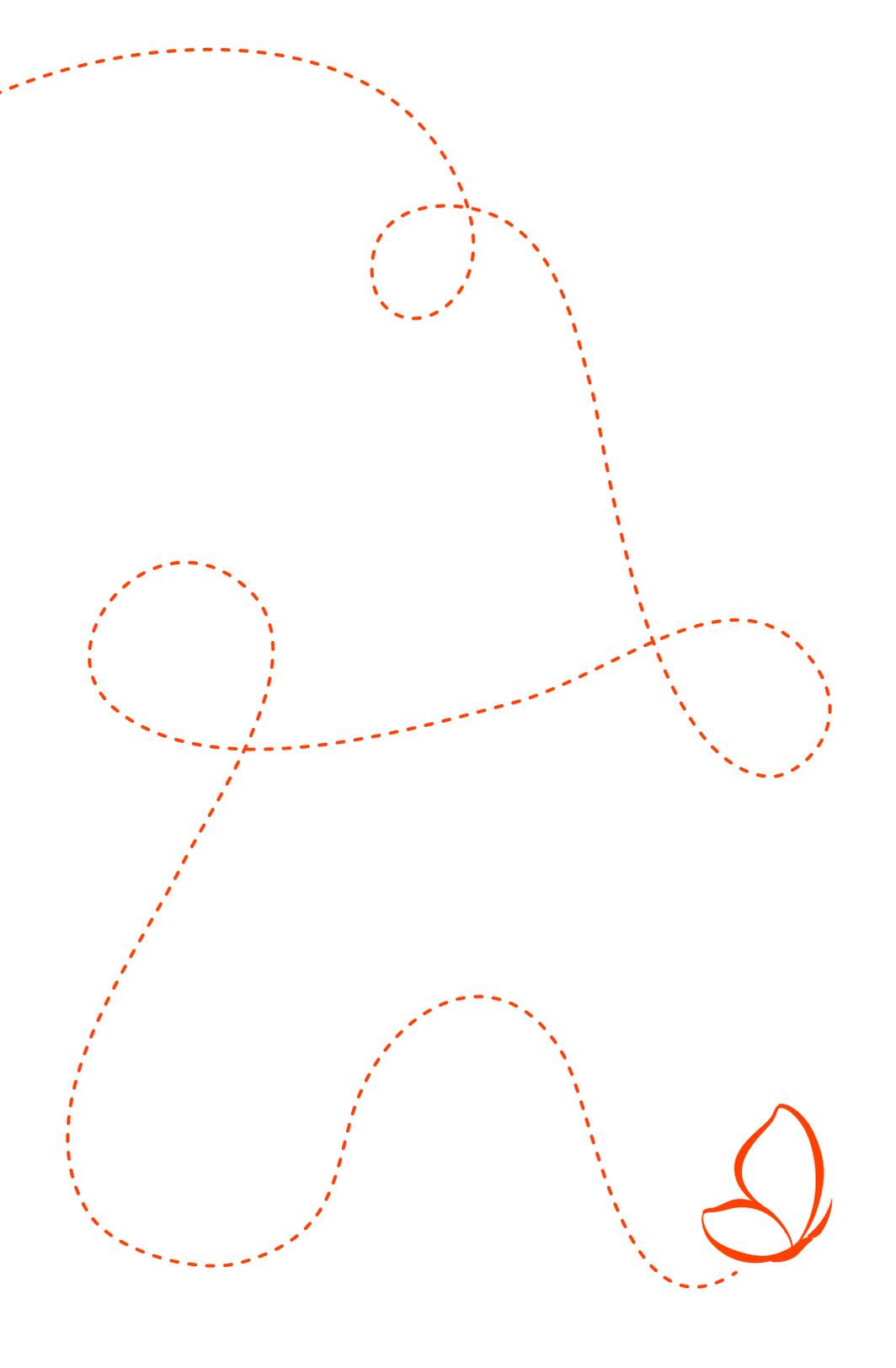


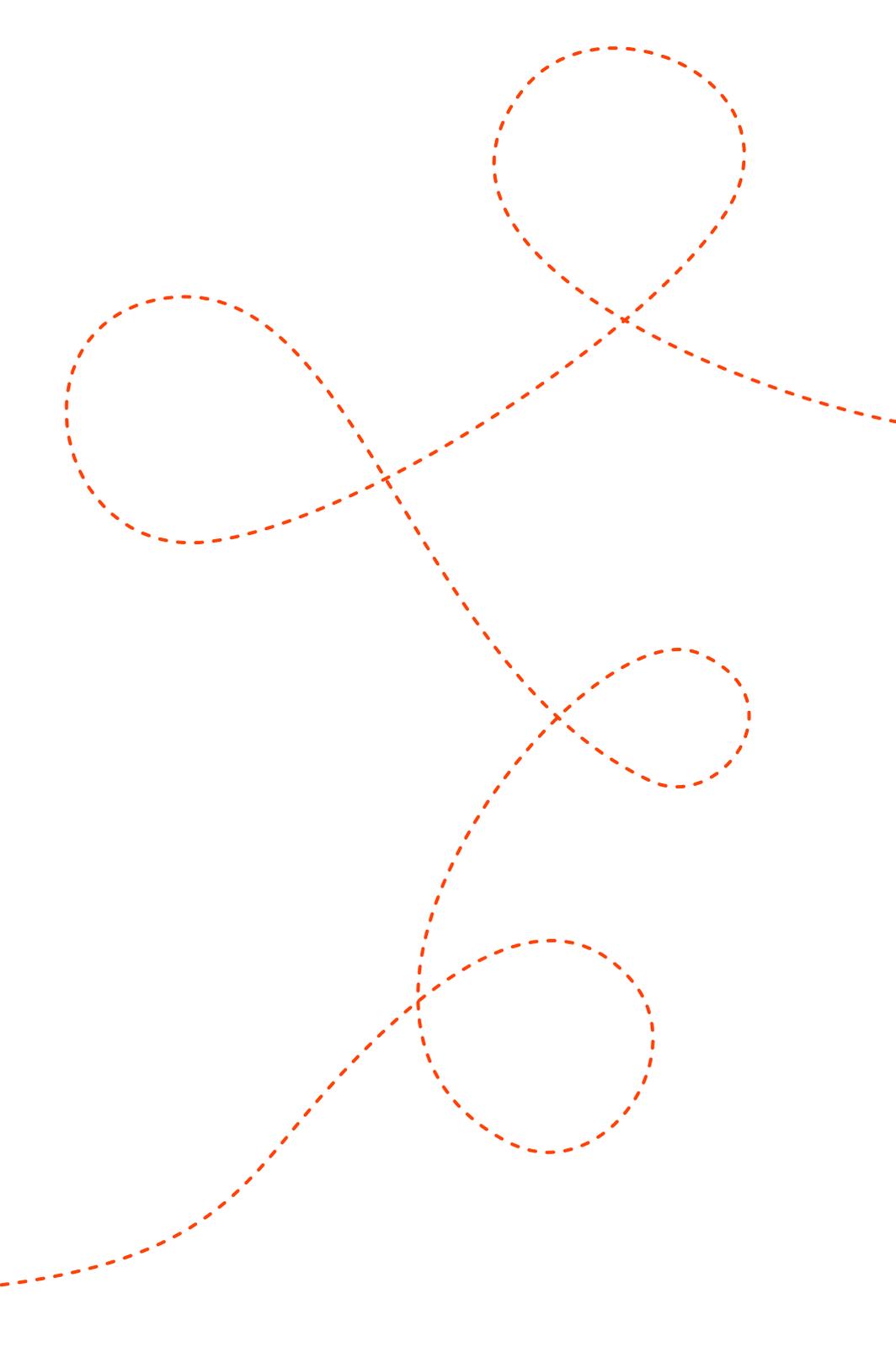
Todos los derechos reservados. Esta obra no puede ser reproducida sin el permiso previo escrito de la Corporación Hospitalaria Juan Ciudad – Méderi

ÍNDICE



Introducción	12
Prólogo	16
La resiliencia	24
Soñar lo suficiente	32
El libre albedrío	40
La fe y la confianza	48
Escuchar la voz de Dios	56
¡Milagro!	64
Aquellas pequeñas cosas	74
La duda como método, creer como costumbre	84
Leer, sanar y vivir	92
La cruda realidad, hay que cocinarla	102
Epílogo	108

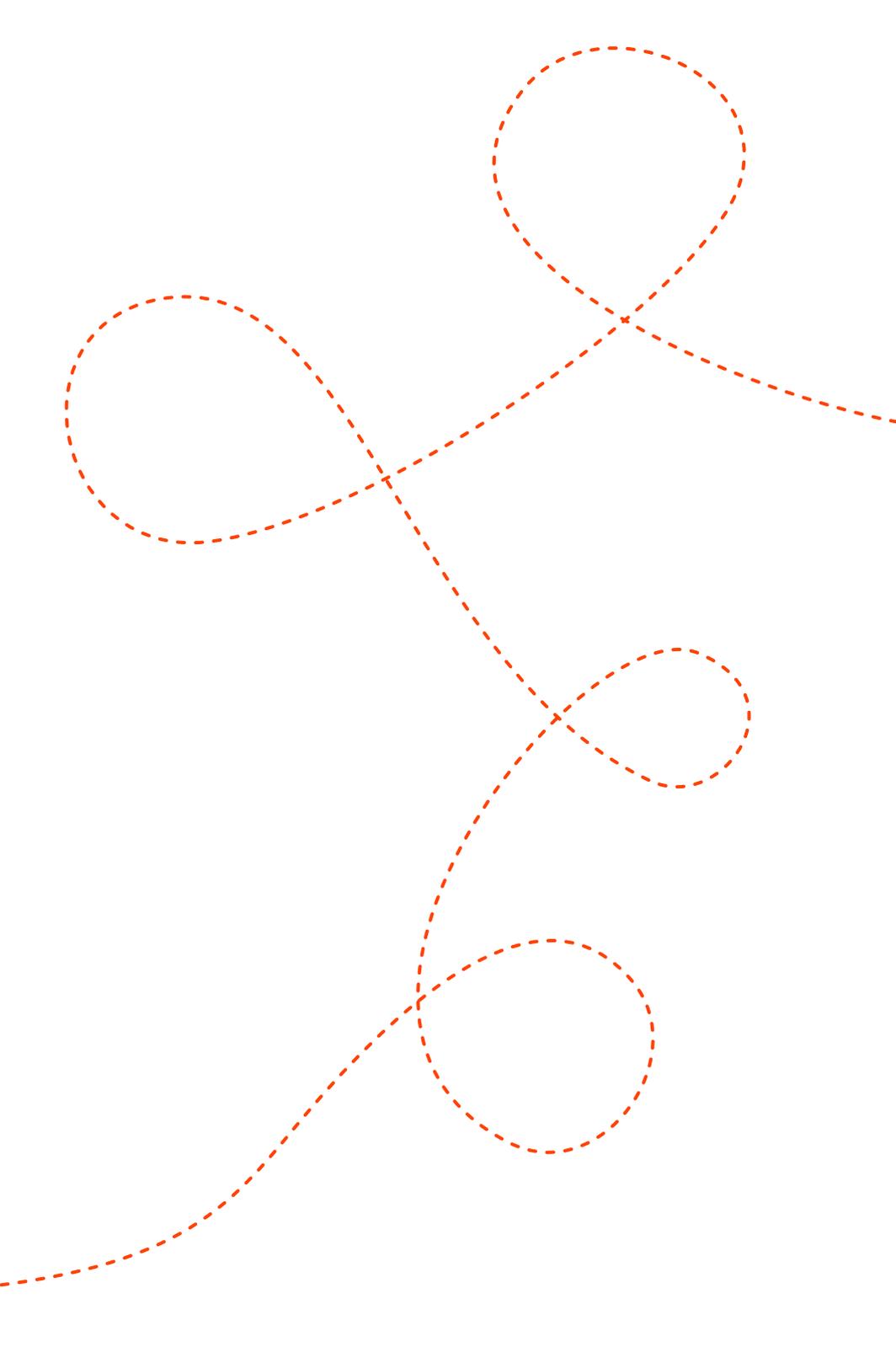






La navidad es una de las épocas más propicias para agradecer los logros alcanzados durante el año.

En nombre de los Corporados y de la Junta Directiva, reciba nuestro agradecimiento y este trabajo que refleja nuestro compromiso y dedicación con la humanización en la atención de nuestros pacientes y familiares.



INTRODUCCIÓN



Y o soy ustedes, es una iniciativa que nace desde el programa de Humanización de Méderi y busca identificar aquellas historias que se pierden en el día a día de nuestra red hospitalaria, pero que claramente hacen la diferencia para muchas personas que, además de un alivio frente a su enfermedad, esperan compasión y acogida durante un proceso tan doloroso como lo es, un estado de salud vulnerable.

A través de un concurso divulgado a la comunidad **Méderi**, iniciamos esta labor de invitar a nuestros empleados y colaboradores para que postularan sus historias, aquellos momentos de acercamiento con pacientes y familiares en donde se evidenciara la vocación de servicio, con acciones que fueran más allá de la tarea diaria, historias memorables y comprobables, con una influencia positiva en la vida del paciente o familiar, historias de gente **Méderi** que con su trabajo cambian la vida de otros.

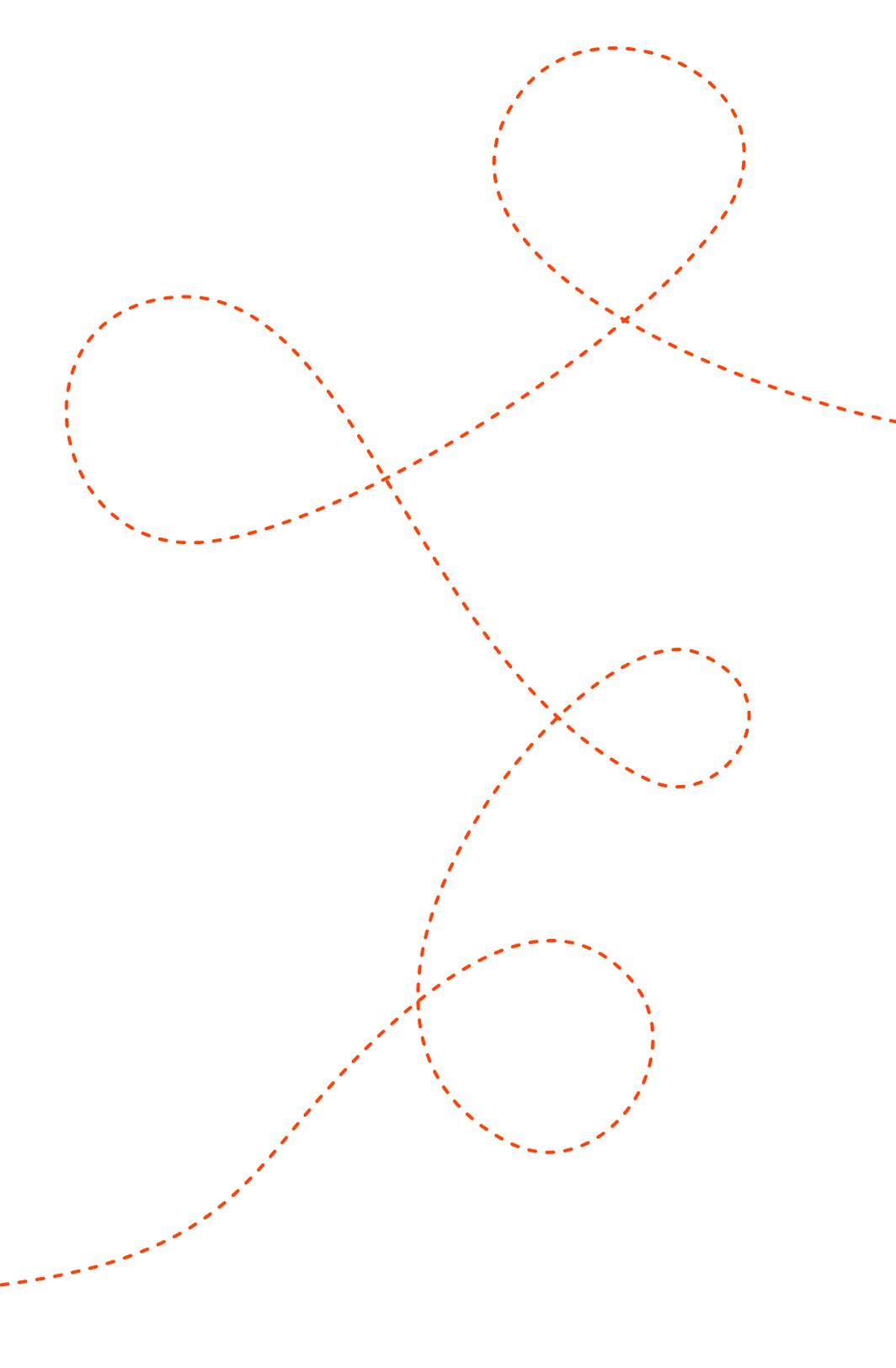
La convocatoria atrajo la atención de muchas personas que postularon sus historias, entre las cuales un comité conformado especialmente para su revisión, eligió 10 y con el acompañamiento de un editor se dio inicio a este proyecto, del que hicieron parte las entrevistas,

comprobación de datos, narrativa, fotos y un producto final que hoy está en sus manos.

Son muchas las historias que se presentan a diario, pero si no las contamos, es como si perdiéramos parte de nuestro legado, ese que queremos dejarles a las nuevas generaciones, esas experiencias que sanan no solo vidas, sino corazones rotos, que alimentan el alma y dan luz en los momentos más oscuros; esas son las diez historias que en este compendio compartimos con usted.

Apreciado lector, lo invitamos a adentrarse en este mundo de experiencias y vivir con sus protagonistas las historias pocas veces contadas, pero que esperamos sirvan para reconocer que siempre, en cada situación, hay algo que aprender, algo que cambiar y algo que agradecer.

Orlando Jaramillo Jaramillo
Presidente Méderi



PRÓLOGO



PEDACITOS DE OTROS

*Una coincidencia, en realidad,
son dos coincidencias*

No somos más que pedacitos de otros. Casi unos vitrales. Nuestra vida está hecha de pequeñas coincidencias que en realidad son casualidades que unen otras tantas.

Todo pasa por algo y todo es algo porque pasa. Todo tiene múltiples miradas, ya que lo que para unos es una ruana, para otros no es más que una cobija con rotos. La verdad, tantas veces estudiada, tantas veces debatida, no es más que la opinión de una mayoría, que termina por aceptar lo que le conviene, lo que entiende, lo que le gusta o simplemente lo que recuerda. Somos seres eclécticos que vamos tomando de los otros y de la vida de otros, lo que mejor nos parece y por eso nuestras verdades, ya antes otros las dijeron.

Chimamanda Ngozi Adichie, feminista, escritora, novelista y dramaturga nigeriana alertó acerca de lo que ella llamó ***“el peligro de las historias únicas”***. Relata Adichie, que aprendió a leer muy pequeña a través de libros británicos y estadounidenses. A los siete años empezó también a escribir con una particularidad: todos sus personajes eran *“blancos de ojos azules, que jugaban en la nieve, comían manzanas y hablaban mucho del*

tiempo, de lo delicioso que era que saliera el sol”, una realidad muy distinta a la que ella vivía en Abuya, capital de Nigeria. Cuando creció un poco, sus personajes ya no comían manzanas sino que tomaban cerveza de jengibre, algo que tampoco existía en su país. Un día, descubrió libros africanos y la vida le cambió: “Comprendí que en la literatura también podía existir gente como yo, chicas con la piel de color chocolate cuyo pelo rizado no caía en colas de caballo. Empecé a escribir sobre asuntos que reconocía. Adoraba aquellos libros británicos y estadounidenses que avivaron mi imaginación y me abrieron mundos nuevos. Pero la consecuencia involuntaria fue que no sabía que en la literatura cabía gente como yo. Así que el descubrimiento de los escritores africanos me salvó de conocer solo un relato de lo que son los libros”.

Cuando viajó a los Estados Unidos, le impresionó que su compañera de cuarto no sabía que ella hablaba inglés – su idioma natal- ni que ella sabía utilizar todos los utensilios de cocina o que su música favorita era la de Mariah Carey. *“Ella se había apiadado de mí, incluso antes de conocerme. Su actitud por defecto hacia mí, en tanto que africana, era una especie de lástima bienintencionada y paternalista. Mi compañera de habitación conocía una única historia sobre África, un relato único de catástrofes. En esa historia no cabía la posibilidad de que los africanos se le parecieran en nada, no había lugar para sentimientos más*

complejos que la pena ni posibilidad de conexión entre iguales”.

Y así sucede con la mayoría de nuestras historias, increíbles relatos que vamos construyendo a partir de la memoria de lo que creemos haber visto o de la forma en que queremos que hubiera pasado, o simplemente de lo que otros han contado.

Crecimos con la idea romántica que los hospitales son tan solo un mundo de escalpelos y suturas, de gente que corre y grita, donde la vida y la muerte toman su turno en medio del agite diario. Y sí. Pero también son universos con un puñado de historias que no han sido contadas, historias de personas que un día hicieron algo más de lo que les tocaba, por miedo, por reflejo, por amor, por valentía o por física locura. Historias de personas a las que les cambió la vida en un instante y a las que el azar de la vida las puso en una situación que tal vez poco deseaban. Seres humanos que merecen dejar de ser anónimos. Por eso, cada historia tiene sus personas. Diferentes, distintas, desiguales, disparejas, heterogéneas y mezcladas. Personajes que a través de estas historias podremos identificar, reconocer para salir del anonimato.

Tal vez algún día entenderemos, que nuestra vida está llena de pequeños héroes que nos han cambiado la

existencia, y que nosotros mismos, nos hemos puesto nuestra capa y hemos llenado de sol los refugios oscuros de los otros. *Gente pequeña, en lugares pequeños, haciendo cosas pequeñas*, que han cambiado el mundo, como decía Eduardo Galeano, porque a veces de lo que se trata es de calmar los pensamientos, apaciguar las palabras y curar el corazón.

Por eso, decidimos sumergirnos en nuestro propio mundo, buscando más allá de la obviedad de la vida que se salva o de la vida que se esfuma, para encontrarnos con algo que tal vez todos ya sabíamos sin darnos cuenta: que el mundo **Méderi**, es un mundo lleno de orugas que un día tomaron la decisión de alzar el vuelo y volverse mariposas. Personas que en algún momento entendieron que de lo que se trata no es de iluminar el mundo, sino de llenar de luz los pequeños rincones cerca de la mano.

Yo soy ustedes, es un relato sobre la vida misma y por eso está lleno de historias de seres que un día se encontraron sin importar las circunstancias y que de alguna manera se tocaron el alma y cambiaron el rumbo de su propia existencia. Como dice Adichie, *“las historias importan porque se han usado para despojar y calumniar, pero las historias también pueden dar poder y humanizar”*. Consciente o inconscientemente, todos los protagonistas entrelazaron sus pasados y presentes, sus rabias y sus

miedos, sus alegrías y sus dolores, sus amores y sus odios, sus creencias y sus explicaciones de la vida que les toca. Hoy, ninguno es igual que ayer, porque se dejaron tocar por el otro.

De alguna manera, todos somos héroes, todos somos sobrevivientes, todos somos pedacitos de otros...

LA RESILIENCIA



El que no llora, no sana.





Sandra Milena Amaya

Hay días en que el sol se pone en las mañanas, días en que todo parece ir mal cuando en realidad está yendo peor, días en los que poco importa el lado de la cama por el cual uno se levante, porque a veces, antes de poner un pie en tierra, se está condenado a la mala suerte. O a la buena, nunca se sabe. Hay días. Y hay vidas. Y es que hay veces que terminamos siendo el saco de arena donde todo y todos se recuestan, pero no podemos tirar la toalla porque no tenemos una opción distinta que pararnos a recogerla nuevamente.

Sandra Milena Amaya no ha tenido una vida fácil y sin embargo no se queja. De tropezón en tropezón ha entendido que el problema de arrancar de cero es que nunca es cero, sino que por el contrario todo se acumula, todo se amontona, todo se atesora. Lo malo, lo no tan malo y por supuesto, lo bueno.

Nació en Bogotá en un hogar humilde en el que a duras penas sus papás, Blanca y Melquisedec, lograban sobreguar con la pobreza. Al año de nacida, sus papás decidieron mandarla a vivir con sus abuelos a Arbeláez, un pueblo cercano a Bogotá. Eso se tradujo en una infancia tranquila, en medio de los sonidos del campo, viendo crecer lo que se comía. A los 14 años, la suerte le

cambió. Un tío suyo murió y su mamá, que ya tenía otros tres hijos, decidió que todos se vinieran a vivir a Bogotá, incluidos los abuelos que apenas resistieron en esta ciudad unas pocas semanas. Sandra empezó a sentir el dolor del desarraigo, porque por un lado se sentía feliz de estar de nuevo con su madre y sus hermanos, pero por el otro, le hacían mucha falta sus abuelos, lo que se tradujo en una rebeldía indomable, malas notas y peleas.

A los 17 años se fue de la casa porque no la dejaron ir a una fiesta y terminó viviendo en la casa de una amiga donde la acogieron. Allí conoció al papá de sus hijas.

Al poco tiempo quedó embarazada, viviendo en casa de la suegra. Primero nació Tania y posteriormente nació Ana María, pero por esas cosas del destino, su esposo la abandonó y ella terminó, una vez más en la casa de su mamá. Luego de tres años, conoció a otra persona y nació Danna. Sin embargo, al final terminó ella con la responsabilidad de sacar adelante a tres niñas pequeñas.

Trabajó un tiempo largo en oficios varios hasta que terminó contratada por Sodexo, que la ubicó en **Méderi**. De eso han pasado ya un poco más de diez años. Al principio le tocaba lavar las marmas, que son esas ollas gigantes donde se cocina la comida de los pacientes, recoger basura de los pisos, hacer aseo y en general, lo

que saliera para hacer. Luego pasó a ser auxiliar de dietas en los pisos.

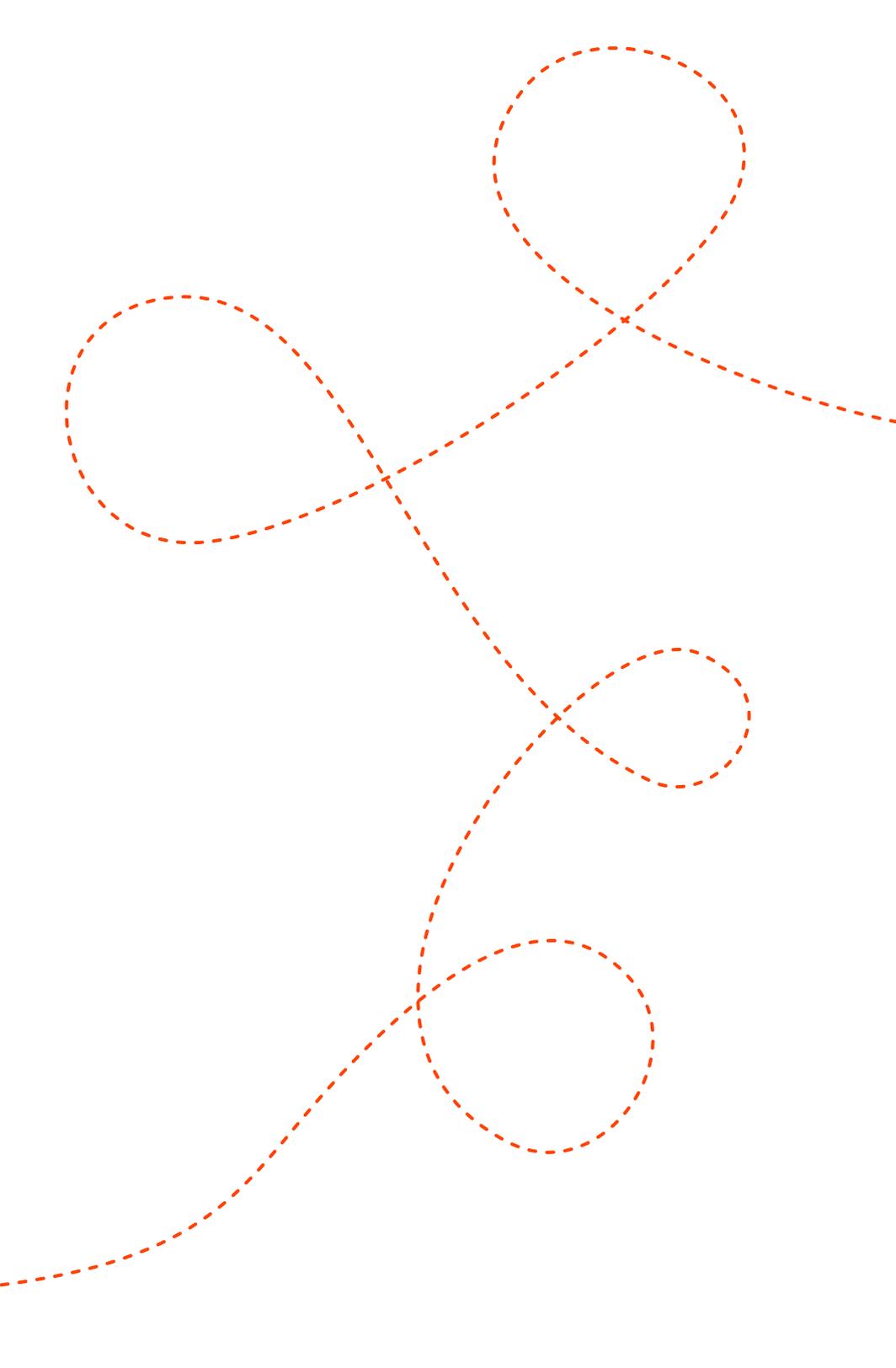
Hasta que a Sandra le llegó el día. De pasillo en pasillo, se enteró que en **Méderi** se había montado un programa para que sus trabajadores y colaboradores terminaran el bachillerato. Ella, que a duras penas había terminado séptimo, vio la oportunidad y se inscribió. Fueron dos años de esfuerzo y sacrificio, de estudiar en las paradas de los buses o en las madrugadas, de no descuidar a sus hijas ni a su trabajo, hasta que finalmente lo logró. En el 2011 se graduó como bachiller y sintió alcanzar el paraíso.

Sin embargo, desde los balcones del cielo se alcanza a ver también el purgatorio. Un día cualquiera, parada en cualquier esquina, de esas aburridas, donde no pasa nada, pasó todo. Un borracho, conduciendo una volqueta, la atropelló. El resultado, un trauma craneoencefálico, once días en coma, su oreja parcialmente destruida, parálisis en su ojo izquierdo, pérdida del equilibrio, dolores en el cuerpo, depresión y miedos.

Lo que no contaba el destino era con la fuerza indescriptible de esta mujer, curtida por la vida, resiliente y poderosa, que decidió seguir dando la batalla, tal como lo ha hecho desde el momento mismo en que nació. Han

pasado cuatro años y sigue en pie. Todos los días madruga y toma el camino del hospital para ayudar en lo que pueda: tapar postres, pasar servilletas, ensamblar cubiertos, limpiar áreas no críticas, lo que sea, porque su corazón de oro le impide bajar los brazos. Por eso, ahí sigue, feliz en medio de todo, poniéndole buena cara a los problemas. Sus hijas, sus nietos, **Méderi**, ser bachiller, han sido un bálsamo, porque sabe bien que en la vida no hay certezas sino que se nutre de las incertidumbres que sembramos cada día.





SOÑAR LO SUFICIENTE



*A veces de lo que se trata
es de saber recoger los pedacitos*





Dra. Sandra
Traba

Sandra Rodríguez

Hay gente tan pobre que solamente tiene plata y otros que sin andar buscando en medio de los andrajos de su ropa encuentran sin quererlo y sin andar buscando, tesoros imborrables porque muchas veces no importa el tamaño de los rotos sino la calidad de los remiendos.

Y es que andar abandonado a su suerte de habitante de la calle, perdido en medio de las frías noches de una ciudad que nunca duerme y poco perdona, no suele ser una buena descripción de un hombre con buena estrella. Que lo atropelle un carro, mucho menos. Sin embargo, para Ramón Ignacio Abella, una serie de eventos desafortunados, fueron el principio de su buena fortuna.

Su historia se perdió en los confines del tiempo y los avatares propios de la pobreza y la miseria que un día lo dejaron en las puertas mismas del infierno de la calle, sin más equipaje que su ropa, su miedo y su hambre. Así fue acumulando días y mugre, cobijas rotas y zapatos tres tallas más grandes.

Una noche cualquiera tuvo la mala fortuna de ser atropellado por un carro en alguna calle oscura. Hubiera podido ser una cifra más, pero alguien lo recogió y lo puso en las puertas de urgencias del **Hospital Universitario**

Mayor de Méderi, al que llegó con vida pero con pocas esperanzas. El personal médico lo atendió y quedó internado con una fractura en la pierna. Y ahí puede decirse que la vida empezó a sonreírle porque hasta ese momento, él estaba condenado a volver a caminar las calles buscando un refugio para los fríos de la noche.

Sandra Rodríguez, es trabajadora social de **Méderi** desde hace cinco años. Por su trabajo, convive a diario con el drama y de alguna manera, termina convertida en ese ser que escucha, que calma, que tranquiliza, que apoya, que da paz y un poco de sosiego a quien se acerca.

Ese día, como siempre, hizo sus rondas y el destino quiso que se encontrara de frente con Ramón, un viejito cascado por la vida, que como en la canción de Piero, *tenía la tristeza larga de tanto venir andando*. En realidad, no era un caso atípico o especial porque a diario ella se enfrenta con este tipo de situaciones. *“Todos los casos que nos llegan están cercanos al drama. Yo he aprendido a manejarlo y por eso, dejo todo aquí en el hospital a las 6 de la tarde cuando me voy para la casa. En este proceso hay que valorar a todas las personas que intervienen con el paciente, sin esperar nada a cambio”*. En estos casos, el trámite es estándar: llamar a la Secretaría de Integración Social para certificarlo como habitante de calle, a la Registraduría para el trámite de cedulación y que quede adscrito al sistema de salud. Así se hizo.

Ramoncito, como ella lo llama, tenía un problema adicional. Por su condición física, requería de un tutor para estabilizarle su rodilla, por lo que se hacía indispensable un juego de muletas. Sandra, luego de múltiples gestiones, de muchas vueltas y revueltas, de muchas llamadas sin respuesta, logró que el área de Pastoral Social del hospital le regalara las muletas.

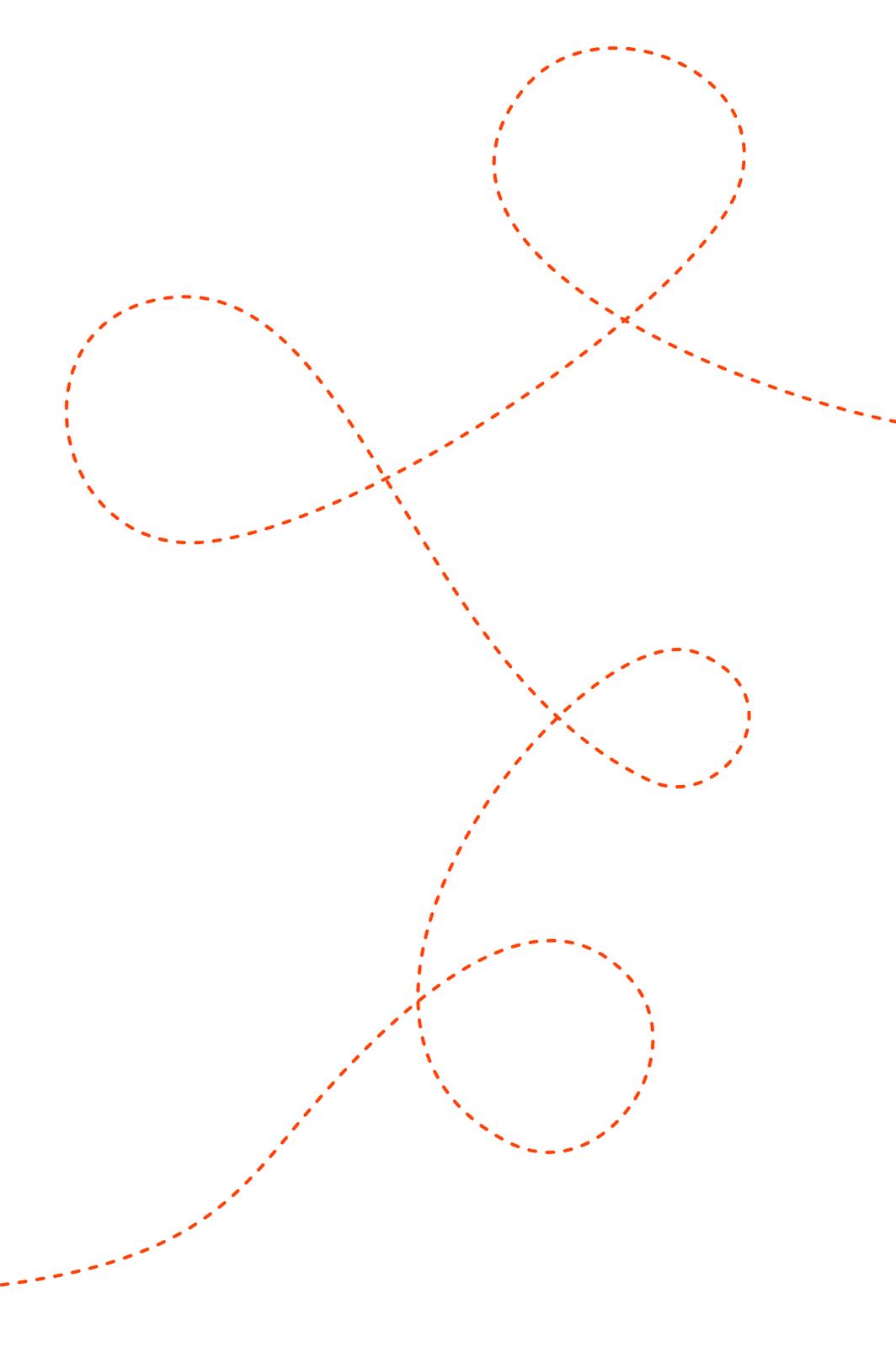
En el piso de hospitalización, Ramoncito empezó a ganarse a todo el mundo a punta de ternura y de sonrisas. Se convirtió en esa especie de abuelito por el que todos se preocupan y al que todo el mundo quiere. Poco a poco, su mejoría fue notoria, lo que paradójicamente lo puso de nuevo en una situación difícil: ¿dónde vivir?. Por su condición física, era imposible que lo aceptaran en una de las instituciones del Distrito creadas para tal fin, ya que requieren que los pacientes estén plenamente funcionales. Los hogares de paso tampoco eran una opción porque en esa ruleta de la suerte fácilmente podría quedar de nuevo en la calle. Y obviamente no podía quedarse de manera indefinida en las instalaciones del hospital.

Sandra había seguido los procedimientos indicados para este tipo de casos, pero algo la impulsó a hacer un poco más. Empezó a buscar por internet, por los pasillos, por

sus grupos de *Whatsapp*, alguna institución que recibiera a su Ramón. Como el afecto a la larga surte efecto, encontró una fundación, que finalmente lo acogió.

Hoy, de alguna manera, Ramón es un hombre afortunado. A sus 67 años encontró un refugio donde pasar con tranquilidad el resto de sus días. Tal vez sin ese malhadado accidente no hubiera conocido a Sandra y de no ser por ella, tal vez estaría dando vueltas por las calles, huyéndole a los peligros de la noche y el hambre en las mañanas.



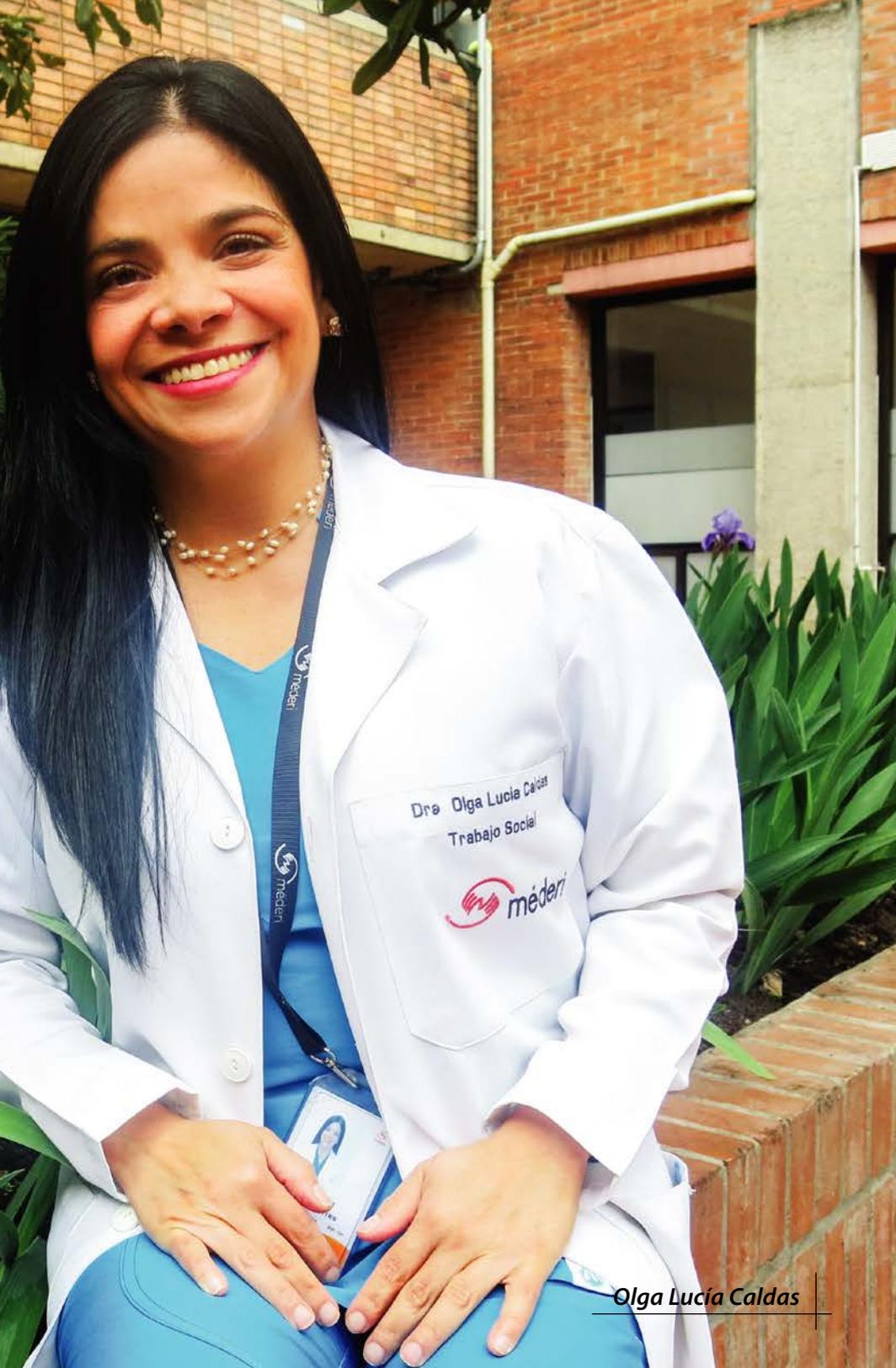


EL LIBRE ALBEDRÍO



El que encuentra, busca...





Olga Lucía Caldas

Esa mañana, Gisenia estuvo más preguntada que de costumbre, aunque lo raro era que quien la buscaba no era uno de sus clientes, sino una mujer pequeña, asustada, un cuerpo extraño en esa zona.

Todo había comenzado un mes antes cuando un joven habitante de calle llegó a urgencias del **Hospital Universitario Mayor de Méderi**, luego de haber sido atropellado por un bus de Transmilenio, aunque era claro que la vida ya le había dado varios revolcones antes. Como se supo después, años atrás, la violencia, los había puesto a él y a su hermana, lejos de su hogar en La Dorada, Caldas, donde sus padres habían decidido juntar pobreza e intentar hacer una vida juntos. Como muchos colombianos, los dos jóvenes llegaron a Bogotá huyendo de los horrores de la guerra. Entre el ir y el venir del rebusque diario, un día se soltaron de la mano y se perdieron el uno de la otra. El tomó el camino de la calle y la drogadicción y ella, el de la prostitución. Wilson por un lado y Gisenia por el otro.

El trámite inicial, luego de curar las heridas, fue el mismo que se aplica para estos casos de habitantes de calle sin identificación: Llamar al CTI y a Medicina Legal para que hicieran una identificación de un NN vivo. Tomar las

huellas y hacer un cruce de información, para proceder así a la certificación de habitantes de calle. Hasta ahí todo bien.

De sus golpes y fracturas, Wilson ya estaba en proceso de recuperación en la Unidad de Cuidados Intensivos, pero durante todo este tiempo no emitía palabra y sus posibilidades de comunicación eran mínimas. En ese momento apareció Olga Lucía Caldas, trabajadora social del hospital, que se hizo cargo de él y tomó como propio el caso: *“Él no hablaba, no decía nada y yo me iba todas las tardes a visitarlo a intentar que me diera algún dato, que me dijera algo, para saber de su familia, de dónde venía. Es algo raro porque a los habitantes de calle todo el mundo les toma cariño. El era una persona menor de 30 años. Finalmente me trató de decir que él vivía en la calle, que consumía droga y que tenía una hermana que era prostituta en el barrio Santa Fe en la localidad de Los Mártires”.*

Decir barrio Santa Fe en Bogotá es acercarse un poco al infierno: drogas, prostitución, robos, mendicidad, abuso infantil. Aunque hay comercio, es difícil adentrarse en sus entrañas sin un motivo específico. Gisenia era una de esas tantas trabajadoras sexuales de la zona.

Olga Lucía, desafiando un poco las leyes del buen juicio y la cordura, decidió adentrarse en esa vorágine en busca

de la hermana de Wilson. Con el apoyo de Martha Ramírez, su jefe, llegó un día muy temprano al barrio Santa Fe con la compañía de una persona de seguridad del Hospital. Preguntando aquí y allá, explicando a una y a la otra, tocando puertas sin aldaba, inhalando olores casi indescriptibles, aguantando burlas y maltratos, finalmente pudo dar con una de esas “*madame*” criollas, casi una manager de todo el personal de la zona, que luego de un extenso interrogatorio se comprometió a darle la razón horas más tarde luego de que saliera de su horario de trabajo. Sin embargo, la cosa no sería tan fácil. Efectivamente Gisenia fue hasta el hospital, pero olvidó su cédula, por lo que fue imposible entrar. Era fácil pensar que abandonaría su intento y dejaría las cosas de ese tamaño, pero pudieron más los lazos de sangre y el cariño que alguna vez se tuvieron con su hermano. A las pocas horas volvió.

Ahí se empezó a desenredar un poco la madeja. Ella le contó a Olga Lucía que eran de La Dorada, que los papás eran paramilitares y que junto con su hermano se vinieron hacia Bogotá huyéndole a las represalias de los enemigos de sus padres. Ya en la ciudad, un día se perdieron, al punto que ella siempre creyó que su hermano estaba muerto. El, por el contrario, tenía la firme convicción de que su hermana andaba por ahí.

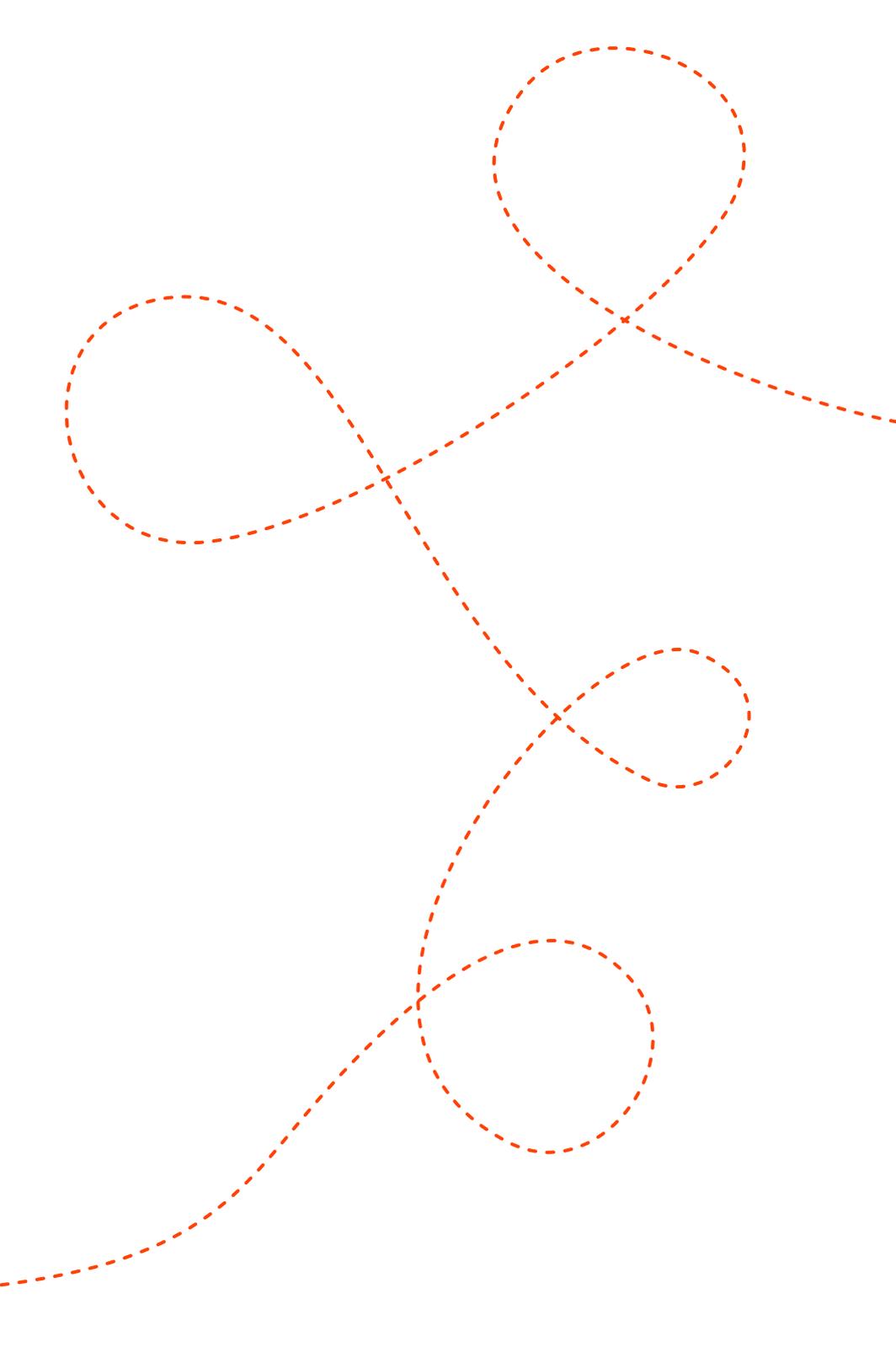
El reencuentro no estuvo exento de lágrimas y risas, pero el futuro estaba por venir por lo que era indispensable ir más allá de la alegría de volverse a ver. Como un milagro, Wilson recobró el habla y sus primeras palabras fueron: ¡Gracias!

Gisenia, decidió llevarlo a vivir con ella, con el inconveniente de la zona en que vivía y que ella tenía su propia familia de tres hijos y su esposo. Olga Lucía, contactó entonces a las damas voluntarias del hospital quienes se apersonaron del caso, primero con elementos prioritarios como una cama y ropa y luego con el pago del arriendo de un apartamento para que todos se trastearan. Incluso consiguieron que los hermanos volvieran a La Dorada en busca de sus padres.

Sin embargo, hay cosas que están destinadas a no ser. Al poco tiempo, Wilson recayó en las drogas y Gisenia siguió en el oficio que nunca abandonó. Hoy nadie sabe de ellos y a veces hay que aceptar que no toda historia tiene un final feliz. De eso se trata el libre albedrío.

Olga Lucía sigue en su trabajo, consciente que su espíritu le dicta que cuando alguien la necesite, ahí estará para ayudarlo.





LA FE Y LA CONFIANZA



A veces uno no sabe si la vida es muy corta o los sueños son muy grandes.





Andrés Felipe y familia

Se parecen tanto, que muchos creen son iguales, pero son tan distintas como un chino y un japonés, Una se trata de la fe y la otra de la confianza. La primera, es creer en algo que no se ve y por eso no necesita comprobación, sino la íntima convicción que está ahí, como un poder maravilloso que toca nuestras vidas.

La confianza en cambio, tiene que ver con la esperanza y por eso cuando uno confía, no mira para arriba sino mira para el lado, porque esperar, tiene más de deseo que de credo, tiene más de datos que de dogma, tiene más de información que de creencia.

*“Yo estuve a punto de desmayarme y me tocó sentarme en el piso, pero el médico me dijo una frase que no se me olvidará nunca: **“usted siga con su tarea que yo sigo con la mía”**”*

Cuando habla, a Pedro Nel Ramírez, se le iluminan los ojos, porque tiene la mirada de quien cree en un poder superior, pero también de quien confía en la autoridad de la ciencia. De quien habla es del doctor Germán Devia, especialista en medicina de emergencias en **Méderi**, que atendió a su hijo, minutos después de su accidente. La fe y el conocimiento en una sola frase, dichas desde orillas distintas pero no necesariamente antagónicas.

El doctor Devia tiene su explicación: *La historia de ese muchacho de 14 años es que se cayó de un tercero o cuarto piso porque iba a sacar unas cosas de su apartamento, se subió por una ventana, pero cuando iba a salir se resbaló. Al muchacho lo trajeron en ambulancia. Estaba realmente mal, con alteración de la conciencia. Lo entubamos, le ofrecimos medicamentos, lo dormimos y le empezamos a hacer estudios. Tenía una patología neurológica grave. De hecho, cuando lo llevamos a la tomografía de cráneo, yo pensaba que tenía alguna lesión traumática que podíamos llevar a neurocirugía y con eso íbamos a resolver el problema, pero el diagnóstico fue que tenía unas lesiones mínimas que no eran quirúrgicas. Resultó ser una lesión Axonal Difusa, que son lesiones de las neuronas que no son quirúrgicas, es decir que no se pueden operar. El pronóstico era absolutamente incierto, aunque en el resto del cuerpo no tenía mayor riesgo, tal vez una cosa menor de ortopedia. El vaticinio neurológico era pésimo y creímos que nunca más se iba a despertar. Yo le conté eso al papá y el señor estoy seguro que me entendió, pero nunca creyó que su hijo no iba a reaccionar. Finalmente se llevó a cuidados intensivos sin despertarse”.*

Don Pedro Nel también tiene su versión: *“La primera imagen que tengo de mi hijo ese día, es cuando lo estaban trasladando. El doctor Devia aparece en esta historia porque en ese turno, él estaba en emergencias y lo tuvo en sus*

manos con un equipo. Empezaron los exámenes respectivos y en principio todo parecía estar bien. Lo que detectaron fueron unas fracturas en las muñecas y una fractura en el pómulo, pero el cerebro se impactó y se inflamó.

A los dos días, más o menos, el doctor Devia me dijo que había pasado un tiempo y Andrés no había hecho conciencia, por lo que había una probabilidad que entrara en shock y muriera o que reaccionara, pero quedara con discapacidades agudas, cognitivas y motoras. En ese momento, nuestra fe se multiplicó a tal grado que entendimos desde muy temprano que el Señor nos tenía para dar testimonio a la humanidad. Durante todo el tiempo que mi hijo estuvo inconsciente, yo le susurraba al oído: levántate hijo para que le des gloria a Dios”.

Como **Méderi** no es un hospital pediátrico, había la necesidad de trasladarlo a otra institución. En esto, Martha Morales, asesora de atención a usuarios de la EPS Sanitas jugó un papel importante: *“Me llamó la atención ver la fe que el papá tuvo en el momento del accidente del niño. A mí me conmovió mucho la entrega y esa lucha del papá y la mamá. Ellos no desfallecieron y era sorprendente escuchar al papá decirle al niño que iba a salir adelante. Logramos conseguir un cupo en la clínica Colombia para que lo trasladaran y allá finalmente fue que el niño despertó, pero debo decir que los héroes son los médicos de acá que lo*

salvaron y también la fe del papá que andaba todo el tiempo con su camándula, que pedía oración por su hijo”.

Finalmente, en el día 33 (que los papás lo asocian con la edad de Cristo) Andrés despertó y su recuperación ha sido asombrosa. Siguió sus estudios, sus lecturas y su forma aguda de ver la vida, que tal vez resume bien todo lo que le pasó: *“Yo era una persona de fe, pero no como mi papá. Hoy quiero estudiar ingeniería industrial porque se me hacen fáciles las matemáticas y la filosofía. Los filósofos se cuestionan de Dios. Yo solo me hago las preguntas que toca hacerse. Dios es alguien que enseña, no impone, no quiere que seamos sus esclavos sino que seamos guiados por El. No es orar mil rezos y Dios me va a hacer un favor. Por medio de la experiencia uno tiene un argumento para demostrar que Dios existe. San Agustín decía que El es el camino, la verdad y la vida. Dios enseña por actos. Yo me siento normal, yo revalúo las situaciones varias veces y digo, ésta es la pregunta indicada y le busco la respuesta adecuada”.*

Fe o confianza, ciencia o religión, milagro o procedimiento, Dios o conocimiento, o todo junto, es uno de esos misterios por resolver o que tal vez poco importa cuando ve a Andrés seguro de lo que quiere, consciente de lo que le pasó y con la decisión firme de seguir su propio camino.





Martha Morales

ESCUCHAR LA VOZ DE DIOS



*Tal vez de lo que se trata es de que todo
nos importe y nada nos afecte.*



Compromiso
Hospitalidad
Ciencia

Santiago
Mora
2019 de acreditación

Dr. Santiago Mora
Servicio de Urgencias



Dr. Santiago Moros y Familia

El doctor Santiago Moros, es jefe de Urgencias en el **Hospital Universitario Mayor de Méderi** y aunque ha pasado el tiempo, no ha perdido la capacidad de asombrarse ante la vida, ni la bendición de temblar ante el peligro de la muerte. Por su trabajo, todos los días debe lidiar con situaciones difíciles, pero tiene claro que una cosa es el equilibrismo y otra el equilibrio.

Es un hombre de fe. De mucha fe, que no hace nada sin consultarlo primero con Dios, porque tiene claro que sus tiempos son perfectos y el impaciente es uno. Es su superhéroe y tal vez, por esas paradojas que la vida nos plantea, terminó siendo el protagonista de esta historia:

Natalia, es una de sus hijas, pero que no es su hija. O tal vez sí, porque así lo decidieron con su esposa. Tiene 22 años, es una niña especial con una discapacidad cognitiva leve y es la hija de una empleada de su esposa que terminó viviendo y conviviendo con ellos y con los hijos de los dos: el mayor que es hijo de Santiago y los gemelos que llegaron después de su matrimonio. Algo así como los míos, los nuestros y los de otros.

En ese tiempo, la vida en Cúcuta no era tan agitada. Natalia y los gemelos tenían una vida tranquila y en su

círculo social, la familia Moros eran él, su esposa, Martha, la mamá de Natalia y los tres niños.

Luego, se trasladaron a Bogotá por motivos de trabajo. Al poco tiempo, la mamá de Natalia conoció a alguien y volvió a quedar embarazada y por un cruce del destino, los Moros, también. Sin embargo, algo cambió, porque Natalia, su mamá y su nuevo hermano se devolvieron para Cúcuta. Sin embargo, ellos siguieron encargándose de su educación, de su salud, de su recreación y en general de su cuidado. *“Íbamos de vacaciones como una familia. Nosotros los vimos crecer, los criamos como nuestros hijos. Ella sufría de muchos dolores y era muy consentida y su edad mental era menor, como una niña. Mostraba muchas habilidades en la parte artística y en memoria. Era juiciosa en el estudio y al final terminó su bachillerato”,* cuenta el doctor Moros.

Esos dolores fueron la puerta de entrada a la situación que les tocó vivir. Los médicos que la atendían en Cúcuta, lo confundían con una gastritis o con cólicos menstruales. Un día, el dolor se hizo muy fuerte y Natalia debió ser llevada al hospital y una vez más los diagnósticos eran variados. *“Yo llamé al médico desde Bogotá a decirle que la niña por su condición, era difícil que expresará lo que le pasaba, pero que de todas maneras si se estaba quejando a pesar de todos los calmantes que le daban, no era normal. A*

*mí se me iluminó que le hicieran un TAC y me decían que ellos no tenían permiso. Yo les dije que qué tal que estuviera haciendo un aneurisma. Luego de muchas dudas administrativas, al fin se lo hicieron. Me leyeron los resultados y me dijeron que estaban viendo una mancha en la cola del páncreas. Yo le dije a mi señora que se fuera para Cúcuta. Mi instinto de médico y de papá me decía que algo no estaba bien. Me mandaron los exámenes por Whatsapp y yo se los mostré al doctor Juan Carlos Sabogal, especialista en el tema, un ser humano extraordinario, que trabaja en **Méderi** y me dijo que la trajera. Mi señora compró los tiquetes y se vino con ella. Nosotros le teníamos ambulancia y en la noche ya le estaban haciendo una resonancia. A la mañana siguiente la vio el doctor Sabogal y en pocos días la operó. Me explicó la cirugía y que el tumor era tan grande como una bola de tenis. Nos dijo que lo había sacado por laparoscopia y que la niña estaba bien. En el control me dijo: "su niña quedó recuperada. Yo proclamo que su hija está sana". Un médico generalmente no utiliza ese tipo de palabras y eso me dio mucha tranquilidad. Por eso, el héroe de esta historia es el doctor Sabogal, porque fue muy receptivo desde el principio y tomó las decisiones que tenía que tomar, aunque obviamente mi primer héroe es Dios que me lo puso en el camino".*

Natalia se recuperó rápidamente y siguió estudiando Diseño de modas. Sin embargo, decidieron volver a

traerla a vivir nuevamente con ellos en Bogotá, una vez más con la mamá y el otro hermano. Hoy están nuevamente juntos.

El doctor Moros sigue con su fe intacta, dando todos los días gracias a Dios por todo lo que pasa en su vida. *“Los médicos tenemos una parte científica muy arraigada y nos enseñan que todo se debe comprobar. Por eso mandamos todo al laboratorio, pero no pensamos en la parte espiritual. Las cosas no suceden porque sí. Siempre hay un propósito. La parte científica lo ciega a uno en muchas ocasiones, pero he visto recuperaciones tan asombrosas, que uno tiene que entender que siempre hay alguien superior que está manejando. En mi caso, Dios dijo que llamara a este doctor. Uno a veces es más científico porque las cosas se tienen que ver, se tienen que palpar, pero al que le sucede algo como me sucedió a mí, sabe que no es del ser humano. Yo no soy médico porque yo quisiera ser médico, sino porque Dios lo dispuso así”.*





Dr. Juan Carlos Sabogal

¡MILAGRO!



*Uno no es de donde nace,
sino de donde sobrevive.*





Janeth Rivera, Adrien di Gregorj, Dr. Germán Devia

Un milagro se define como un suceso extraordinario que muchas veces no tiene una explicación racional. Adrien de Grégorj puede ser uno de ellos, así no lo crea, no lo vea o no lo sienta.

Adrien es francés. Luego de estudiar, sintió que su país era pequeño para el tamaño de sus sueños, por lo que corrió un poco sus fronteras hasta llegar a Londres. Allí se ganaba la vida como asistente del manager en un bar. Por esas extrañas casualidades que trae la vida, resultó muy amigo de un colombiano, con el que conoció mañas, dichos, tragos y comidas. Aprendió a bailar salsa y de a pocos supo de nuestro país, sin conocerlo.

Luego de un tiempo, sintió que su ciclo en Londres había culminado, por lo que Colombia terminó convertida en una buena opción. En 2010 vino por primera vez y entendió que una cosa es lo que decían en los libros o en las series de Netflix o lo que comentaban sus amigos, y otra, vivir la experiencia en vivo y en directo. Un mes bastó para enamorarse de los paisajes, la comida, los climas y la misma anarquía en medio de la cual vivimos y que tal vez solamente nosotros entendemos. El “daño” estaba hecho y al poco tiempo decidió venirse a vivir a Colombia para establecerse y trabajar en un proyecto que

tenía en su cabeza. Con su padre ocurrió algo similar. Viajó a conocer y a los dos meses se vino desde Francia.

Adrien se acomodó pronto, los negocios empezaron a ir bien. Ya era 2017 y fue cuando las cosas empezaron a cambiar o tal vez lo único que ocurrió es que su buena suerte se cambió de vestido: *“El 12 de octubre de ese año iba en mi moto por un puente que hay en la 45 con 30 en Bogotá, cuando un taxi me cerró. Yo perdí el control de la moto y caí por encima de la baranda, verticalmente, casi doce metros. Terminé en la vía de Transmilenio. El señor frenó como un loco. Incluso alguien en el bus se fracturó la muñeca. Yo quedé a 10 cm de la llanta delantera del bus. Eso fue a las 10 de la mañana. Detrás de ese Transmilenio venía una ambulancia. Yo en realidad, no recuerdo nada, sino que mis recuerdos los he construido a partir de lo que me han contado. El señor de la ambulancia me vio caer y cuenta que me subió en tres minutos, y en nueve, ya estaba en **Méderi**. Eso me salvó la vida. Tuve suerte. No me morí en la caída. Como pudo, tomó mi teléfono y le avisó a mi papá que se había venido a Colombia. Cuando le dijeron, él pensó que era una broma mía”.*

El doctor Germán Devia, especialista en medicina de emergencias, recuerda haberlo atendido: *“El señor llegó con alteración de la conciencia. Lo entubamos, y lo llevamos a imágenes para luego proceder al manejo de sus lesiones*

óseas. El trauma complicado eran las lesiones que en la tomografía eran evidentes y que explicaban de alguna manera todo lo que le pasaba. En realidad fue un caso que no duró mucho con nosotros, se subió rápido a cuidados intensivos para darle manejo médico". La doctora María Margarita Maldonado, lo recibió: "Tenía un trauma craneoencefálico severo, que ya había sido manejado en la sala de emergencias. Estaba sedado, con una intubación y tenía una deformación en su rodilla y una fractura abierta. Estaba muy descompensado y lo primero que pensábamos era que pudiera tener otra fractura. Lo evaluamos, revisamos la pelvis y no se encontró nada distinto a su rodilla y procedimos a estabilizarla. Le pusimos un tutor externo. En ese momento no se veía que tuviera hematomas grandes en la cabeza. Recuerdo que el papá no hablaba en español, por lo que en inglés le explicamos lo que íbamos a hacer".

Adrien tiene su propia versión, que en realidad es la que le contó Luis Alberto Ibañez, conductor de la ambulancia: "Cuando entré al hospital yo estaba consciente, pero luego caí en coma durante dos semanas. Cuando me desperté recuerdo ver a mi mamá emocionada. El diagnóstico inicial era que me iba a morir o que yo no iba a poder ver, ni a caminar, que iba a quedar como un vegetal. Muchos no creían en mi recuperación. Era una especie de centro de atención del piso, tenía muchas visitas porque por el hecho

de ser francés y por el tipo de accidente, todos iban a visitarme. Cada doctor que entraba, me daba una especie de energía porque eran muy especiales. Cuando me desperté, la gente no podía creer, porque incluso atrapé una bacteria. Finalmente me operaron de todo y a las dos semanas viajé a Francia a terminar de recuperarme”.

Terminada esa guerra, empezó su verdadera batalla porque fueron catorce meses de operaciones y terapias en las que aparte del dolor inicial, debía luchar contra el tedio y el aburrimiento, por lo que volcó toda su atención en el trabajo de su empresa acá en Colombia, gracias a la magia de internet. La última operación que le debían practicar consistía en retirarle todos los tornillos y platinas que le habían puesto en sus cirugías iniciales en Colombia. Para ello requería la información detallada de todos esos elementos. No tenía más opción que llamar al **Hospital Méderi**, donde en realidad no conocía a nadie. Marcó como cualquier persona y la buena fortuna volvió a estar de su lado. Al otro lado de la línea estaba Janeth Rivera: *“Un día Adrien llamó y me contó la historia. Yo había oído hablar de él pero tenía un recuerdo lejano. Me dijo que necesitaba saber el material y el tipo de piezas que le habían colocado. Yo tengo una limitación visual y sé lo que es necesitar algo. Yo pensaba dónde averiguarle esos datos y le decía que mejor viniera, pero él estaba en Francia. Le di mi número telefónico, le pedí los datos y empecé a buscar lo que*

el necesitaba. Logística me ayudó mucho, como durante dos días. Finalmente logré conseguir la mayoría de los datos. Yo se los mandé y desde ahí seguimos charlando “.

Al poco tiempo, Adrien completamente recuperado, volvió a Colombia junto a su papá, a su perro y a su proyecto de reciclaje de botellas PET que hoy es económicamente sostenible y a través del cual ayuda a cambiar la vida de personas en situación de vulnerabilidad.

Su cercanía a la muerte, en realidad no le cambió la forma de ver la vida. Sigue siendo un hombre racional que poco cree en milagros porque para él, todo tiene una explicación lógica. Ha hecho del dolor parte de su vida y ve su accidente como algo que le tocaba vivir y no como un karma o algo que le haya dejado traumas. Vive la vida paso a paso junto con su perro Lulo y sus amigos, tranquilo y enfocado en su trabajo. Sabe que de alguna manera el futuro se construye cada día.

“En mi historia hay muchos héroes: el conductor de la ambulancia, las enfermeras, las personas de recepción, los médicos de Méderi, cada persona aportó algo. La gente era muy profesional, pero finalmente uno es su propio héroe. Yo lo soy, trabajé como loco y salí adelante”.

Lo cierto es que Adrien está hoy contando un cuento que pocos pueden contar. Tal vez la muerte esquiva estaba distraída o tal vez una mano misteriosa empujó las velas para que tantas y tantos aparecieran de repente en su vida para salvarlo.





ORTOPEDISTA



Dra. Margarita Maldonado

AQUELLAS PEQUEÑAS COSAS



*Tengo muchas cosas en la cabeza.
En realidad lo que me falta es pelo.*



Lorena Marroquín, Diego Betancourt

Uno muchas veces se quiere morir, pero si conoce a Cindy, seguro se le quitan las ganas. Y es que ¿cómo no quererla si sus ojos lo dicen todo? ¿Cómo no sentir cierto remordimiento por las quejas cotidianas, si de su boca solo salen cosas positivas? ¿Cómo no pensar que es un ser bonito, si pese a todo lo que le ha pasado, conserva una sonrisa? ¿cómo no hacerse un nudo en la garganta cuando cuenta la historia de su cáncer con la misma tranquilidad de quien cuenta que no le alcanzó la plata para comprar un vestido o se subió un kilo en la balanza?

Diego, cayó en la trampa, no de a pocos como quien se deja conquistar, sino de un solo tropezón, sin estropicios y sin ruido. Como en las historias de esos viejitos que se conocen, cada cual tiene su propia versión: *“Yo llegué en enero a trabajar y la conocí. Su historia médica decía que tenía un linfoma no localizado. Tenía una masa gigante en un brazo. Desde ese sábado que la vi, sentí que la actitud de ella era diferente a la de los demás pacientes. Sonreía y en medio de la situación, estaba motivada, obviamente con dolor porque esa masa era de casi 30 kilos”*. Esa es la historia de Diego. La de Cindy Lorena dice que *“cuando a él le contaron que yo tenía el brazo así, se impresionó mucho. Ese día entró y yo lo saludé toda relajada, toda feliz, hola ¿qué tal? y él como que no entendía. Desde ahí creamos un lazo súper lindo”*.

Y es que Diego Betancur, jefe de enfermeros en el quinto piso, tiene una fama bien cultivada de hombre duro, de malgeniado, de gruñón, pero luego de oírlo hablar de Cindy, todo se desvanece porque a su profesionalismo le suma la admiración por la resiliencia de Cindy: *“Me dicen Chuky porque soy de muy mal genio, pero cuando yo llego acá se me olvidan todos mis problemas. Uno debe trabajar en pro del paciente, que se sienta bien tratado. Ellos son el centro de atención, porque necesitan de mí en mi mejor manera, son mis sujetos de cuidado. Pareciera que los enfermeros somos el último eslabón, pero no. El paciente se da cuenta que uno es el principal, porque está en permanente contacto con él. Uno es el que ejecuta y hace. Los pacientes agradecen mucho eso. Uno tiene muchas responsabilidades y está en todo momento cerca de la muerte y sabe que no todos los pacientes llegan a buen término. Es muy complicado el trato, porque uno sabe que está haciendo lo mejor, pero no se sabe cómo le va a ir. Es algo incierto. La empatía va en cada persona, en cada paciente y en cada trabajador. Hay unos pacientes que son muy apáticos, renuentes y uno lo entiende porque es una enfermedad muy difícil, la peor y cada paciente enfrenta la situación de manera diferente. Hay muchas personas que se ponen contra el mundo, hacen la negación de la enfermedad, pero en ella fue distinto. La reacción de cada paciente es muy diferente. A Cindy, empezó a bajarle la*

masa del brazo y el cambio fue inmediato y comenzó a ver resultados”.

A Cindy también se le iluminan los ojos cuando habla del agradecimiento que siente por Diego: *“Yo tengo muchos héroes, pero dentro de todos, Diego es el principal porque ha sido una de las personas que han estado más pendientes de mí. Él es muy serio y le es difícil expresar sus sentimientos, pero conmigo como que se le salen. Yo le digo que lo estimo mucho, que gracias. Él vive pendiente de mi salud, así yo esté en Girardot. Es muy buena persona y además es muy buen enfermero”.*

Hablar de cáncer es hablar de tristeza y desencuentros, de lluvia y malos ratos, de lágrimas y rabia, porque aunque la vida no es segura, todos aspiramos a morirnos de viejos. Por eso, es rara la buena onda de Cindy. Un día le dijeron que era cáncer y aunque cualquiera se golpea con esa noticia, decidió tomarlo de la mejor manera: *“Cuando me enteré que probablemente yo podía morir, pensé que no importaba porque había vivido los 25 años más felices”.* Y es que en su cuarto aséptico y cuidado, lo único que se puede respirar es energía de la buena, que hasta pena da quejarse por la falta de plata o por la gripa. Una persona para quien la felicidad es una tortilla de huevo con arroz o dormir al lado de su hermana menor, o que se goza el momento en que le baja la fiebre, de alguna manera está

salvada. Ni un gesto, ni una mueca, ni una mala palabra, pasan por su cabeza aún sin pelo. Solo agradecimientos por Diego, por el doctor Figueroa, su oncólogo, por todo el personal de enfermería que la cuida, por toda la gente que la sigue en sus redes sociales y para quienes ella es una inspiración, por su mamá, por sus amigos de “la pandilla Méderi”, un grupo de jóvenes que como ella, dan la lucha por la vida, y por Dios: *“Yo creo en El. En una época de mi vida tenía mucho resentimiento, cuando mi papá se murió yo no entendía eso, porque tenía 6 años. Yo no comprendía lo que él sufría. Después de un tiempo, empecé a conocer a Dios y cuando empezó todo esto, yo no le pregunté por qué, sino para qué quería que yo viviera esto, a quién tenía que ayudar o qué debía hacer”*. Diego, desde la otra orilla piensa lo contrario, pero nada impide que hayan dado esta batalla juntos: *“Ella cree en Dios, yo no soy creyente por una situación de vida, pero yo respeto sus creencias y ella las mías. Ella me bendice y yo le doy las gracias”*.

Cindy y Diego han entendido que el cáncer no es un puerto, sino una manera de viajar, que a unos les toca y a otros no y que como la mala suerte de ser feo o de no saber bailar, se asume y se da la batalla, o se padece y se sufre y en ambos casos, lo mejor es hacerlo acompañado, bien para construir una esperanza o bien para echarse a llorar hasta que llegue el momento de partir. Por eso es

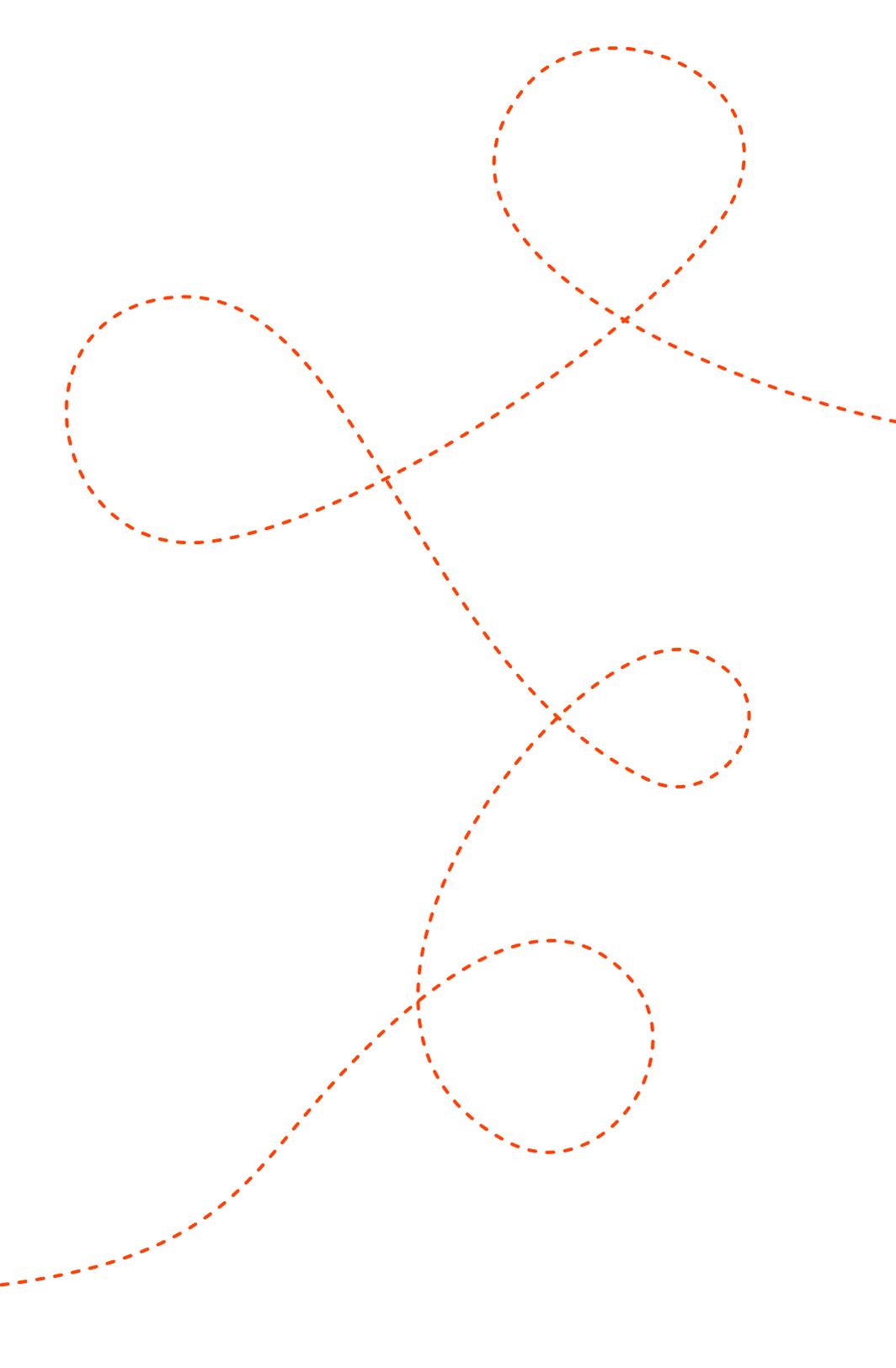
que ellos dos se estiman tanto, por eso es que el uno se preocupa tanto por la otra, por eso es que ella vive tan agradecida con él y viceversa, porque de alguna manera se construyen a diario, él desde esa coraza dura que envuelve un corazón dulce y ella desde esa sonrisa que intimida por lo simple y por lo clara.

Y no es que la lucha haya sido fácil, o que nunca haya estado dispuesta a botar todo. Desde aquel octubre donde casi no se puede vestir por el dolor en el brazo, pasando por los exámenes de sus médicos en Girardot, hasta la biopsia que le dijo al oído que era cáncer, todo ha sido un camino complicado. Pero Diego siempre ha estado. Desde el momento en que la conoció hasta hoy que ya se ven al otro lado. *“El quinto ciclo me dio muy duro, tal vez los medicamentos, pero me dio una tristeza terrible. Un día yo le dije a mi mamá que me quería ir. Mi mamá se puso a llorar, se preocupó mucho, pero los hematólogos dijeron que era normal. Me mandaron psicóloga, todo el mundo se enteró, pero yo les decía que solo había llorado como veinte minutos. Diego se preocupó mucho. Me traían regalos porque ninguno quería verme triste.”* Diego tiene su propia explicación: *“Cuando se muere un paciente es muy duro y genera incertidumbre al tratar con otro paciente. A veces yo me he puesto a llorar. Si el paciente está muy mal, yo prefiero evitarlo porque no quiero verlo así, es una carga emocional muy pesada”.* Así han pasado más de un año, como dos amigos

que se animan, que se molestan, que saben que un día dejarán de verse pero que siempre estarán ahí porque los lazos que los unen son muy fuertes, tal vez porque están hechos de los pequeños detalles cotidianos, incluso hoy que Cindy es una celebridad en las redes sociales, todo por cuenta de una idea en la que nuevamente fueron cómplices: *“Yo una vez le pregunté a Diego si me compraría una manilla que dijera “No olvides sonreír”. El me dijo que claro y decidí hacerlo. Cuando me dieron salida, yo la diseñé y le dije a mi mamá que iba a vender manillas para ayudarnos con los gastos, pero también para inspirar a los demás. Y así empecé en Girardot. Luego las traje acá y Diego me compró y me ayudó a venderlas en su barrio. Por una casualidad, Daniel Samper Ospina conoció mi historia y me vino a visitar y me propuso que abriera mis redes sociales y todo el mundo empezó a ayudarme. Hoy tengo más o menos 2 mil seguidores en Instagram que me preguntan cómo voy, me dan ánimo y eso es muy bonito”.*

Hoy Cindy está curada. Está lista para un trasplante, para terminar sus estudios de comunicación social, para seguir sirviendo de inspiración a muchos, para seguir gozando los pequeños detalles que le da la vida. Diego, seguirá su camino, tal vez con mala cara o de mal genio, y sonreirá en silencio, casi inadvertido, cuando se acuerde de la mirada de su amiga. Al final saben que el mundo es redondo y siempre habrá una esquina en la que puedan volverse a encontrar.





LA DUDA COMO MÉTODO, CREER COMO COSTUMBRE



Lo mínimo es dar lo máximo.





Dr. Juan Carlos Arenas

No es fácil ver a un médico que llora, pero el doctor Juan Arenas, cirujano del **Hospital Universitario Mayor de Méderi**, tiene el lagrimal alborotado, sin importar su aparente juventud y su habladito golpeado de Bucaramanga. Y es que así como habla, parece actuar: apasionado, audaz, perseverante, vehemente y entusiasta.

Esta historia comenzó cuando el hoy doctor Arenas, era un estudiante en residencia, entusiasta y con ganas de tragarse el mundo.

“Eran mis primeras semanas de la residencia en un fin de semana festivo. Me encontraba recibiendo la unidad intermedia de mi residente mayor. Llegamos a una de las habitaciones donde había una señora, absolutamente consciente. Mi residente me dijo que la señora había sido llevada a un procedimiento la noche anterior, una laparotomía y le habían encontrado una isquemia mesentérica, o sea que todos los intestinos estaban muertos y se le retiraron. Tenía básicamente el estomago y la parte final del colón. Yo en ese momento estaba aprendiendo y pregunté cuál era el paso siguiente y lo que me contestaron era que ya no había más que hacer. Eso me llamó la atención, porque la señora estaba escuchándonos y yo me conmoví mucho.”

Cuando salí, me encontré con la hija de la señora y al verla tan triste, no tenía más opción que buscar alguien que me ayudara porque yo no sabía el camino a seguir. Llamé al doctor Isaza que era uno de mis maestros y me dijo que no tenía ni idea qué más hacer porque era un evento catastrófico. Llamé al doctor Vargas y me dijo que no podía hacer nada más. A la tercera persona que llame fue al doctor Torres que me dijo, ¡bájese a la iglesia!. Yo soy muy sentimental. Fui y me puse a llorar. Era un sentimiento raro porque no podía hacer nada. Tenía mucha rabia por no saber qué hacer. Pero pasó algo raro porque cuando yo salí, se me ocurrió que si se trasplantaban otras partes del cuerpo, por qué no los intestinos. Llamé nuevamente al doctor Isaza y me dijo que él había escuchado que en el hospital Pablo Tobón Uribe de Medellín hacían este tipo de procedimientos. Busqué y me comuniqué con la unidad encargada. Me contestó una enfermera y me puso en contacto con el jefe de trasplantes. Le conté el caso y me dijo que medicamente la aceptaba, pero lo administrativo si lo tenía que hacer yo. Ahí me empecé a asustar un poco. Finalmente llamé al doctor Sefair y me dio luz verde”.

De alguna manera, era un estudiante, insubordinado frente a las ordenes de sus jefes: “El hecho de ser estudiante me daba otra perspectiva. Yo era el último eslabón de la cadena alimenticia. Por encima mío estaba todo el mundo y

si yo la embarraba, todos me iban a caer encima, pero el ser nuevo, impulsó la vaina”.

La otra protagonista de esta historia es María Viteri, que gracias a la gestión del doctor Arenas fue recibida en el hospital Pablo Tobón para ser preparada y esperar que apareciera un donante, que finalmente llegó como un regalo divino, para darle tiempo más de vida. De eso han pasado ocho años. Hoy están instaladas y felices en Medellín, junto con su hija.

Para María, el doctor Arenas es una especie de ángel que apareció en su vida en el momento indicado, tal vez un instrumento de un ser superior puesto para materializar una especie de milagro capaz de vencer la incredulidad de los demás. *“Nuestro `parche` es Dios, Jesús y la Virgencita María. Ellos pusieron a tanta gente buena en nuestro camino y uno de ellos es el doctor Arenas”* dice emocionada. Y aunque no se ven, se ha desarrollado entre ellos una conexión especial: *“Me conmueve hablar del tema porque cada vez que estoy bajoneado - porque trabajar en un hospital, cualquiera que sea, no es fácil - pienso en ellas. De vez en cuando yo la llamo y lo único que encuentro de esa familia es agradecimiento, que a veces pienso que no lo merezco, pero hablar con esas señoras, sobre ese momento y que ellas hayan transformado esa situación en cariño y amor, me conmueve mucho”.*

En realidad, la cosa hubiera podido salir mal desde el punto de vista administrativo y tal vez hubiera marcado negativamente su carrera. Pero como en la vida no importan los hubieran, sino lo que se hizo, hoy no hay arrepentimiento porque, su audacia, y si se quiere su irreverencia, el no conformarse con la muerte como opción, hizo posible el salvar dos vidas, la de María y la de su propia hija Carolina, que de alguna manera es su alter ego. Nadie sabe en realidad qué insondable misterio pasaba por su cabeza, porque lo lógico, lo fácil, lo cómodo, lo agradable, lo conveniente, lo normal, lo políticamente correcto, es que un estudiante no rebata nunca la opinión de sus maestros y que incluso tenga siempre como opción no echarse encima los problemas de los otros, más cuando nadie lo ha llamado.

Juan Arenas actuó distinto. Por audacia, por insensatez, por ingenuidad, pero gracias a él, María está viva. *“Yo soy católico no practicante. Fui criado con preceptos católicos, pero este ambiente está bombardeado de cosas científicas que lo llevan a uno a pensar de manera diferente. Para mí es absolutamente claro que yo al entrar a la capilla no tenía ni idea qué hacer, pero apenas salí, a mi cabeza llegó la idea del trasplante intestinal. El entrar y salir de la capilla, me dio la luz”.*





María Viteri y su hija

LEER, SANAR Y VIVIR



*La vida se me ha ido intentando
parecerme a lo que sueño.*





Jeissy Sánchez

Dar calma no suele ser una condición fácil de encontrar en los seres humanos. Vivimos presos de la prisa y la velocidad, del afán y de la angustia, de la tristeza y la desesperación. Muchos quisiéramos alcanzar ese estado de tranquilidad que nos permita llevar la vida sin sufrimientos.

Son muchas las situaciones que nos producen tensión y aburrimiento, pero aquellas relacionadas con la salud, la propia o la de alguien cercano, suelen ser las más difíciles de manejar y de entender. Por eso, encontrarse con una mano amiga, una sonrisa amable, una palabra solidaria es algo que se agradece, porque algo va de un mal paciente a un impaciente.

Carlos Villamil es un médico anesthesiologo de **Méderi** y todo en él parece no corresponder a lo que es. Comenzando por su cara, casi, casi juvenil, una especie de retrato de Dorian Gray, que no revela los años que tiene, ni su experiencia cómo médico, ni mucho menos su ejercicio espiritual. Es consciente que por su trabajo, los pacientes siempre lo recuerdan en medio del sopor y letargo que produce la anestesia, pero ha aprendido, a fuerza de verlos cada día, que muchos de los dolores están situados en cualquier esquina escondida del alma,

porque las dolencias físicas generalmente encuentran cura. Y no es que Villamil sea un tipo fácil. De hecho, él mismo reconoce que en un comienzo era una persona áspera, franca y directa, porque de alguna manera así entendía el ejercicio mismo de su profesión. Sin embargo, la vida misma se encargó de ponerlo en su lugar: *“Eso nació hace unos 15 años cuando mi mamá tuvo un cáncer de seno con una baja de defensas muy tenaz. La cosa pintaba súper mal porque aparte del cáncer de seno los médicos creían que tenía una leucemia. El pronóstico era muy malo porque el ochenta por ciento de esos pacientes se mueren. Un día me invitaron a comer a una casa. Cuando llegué me recibió la señora y me dijo que ella me conocía. Mi esposo tenía una leucemia y él falleció. Cuando yo lo veía a usted, lo odiaba y detestaba verle la cara. Yo sabía el diagnóstico de mi esposo y su pronóstico, pero usted era muy frontal y en ese momento nos dijo las cosas de una manera que nos dolió mucho. Yo por esa época estaba golpeado por lo de mi mamá y entonces se me juntaron las dos cosas y me puse a meditar sobre qué es lo uno hace, que cree que está bien, pero que a la larga no lo está y que para los pacientes no es tan importante el resultado sino la forma como se llega a él”.*

A partir de ahí, la vida de Villamil cambió y lo hizo de una manera muy particular. Empezó a comprar libros de carácter espiritual, aunque no necesariamente religiosos,

que metía en el baúl de su carro y cada vez que veía a uno de los pacientes, los suyos o los de otros, buscaba uno para regalárselo y darle paz. Hoy se ha sofisticado un poco más, porque además de libros, regala direcciones en internet con vínculos a páginas y a historias de reflexión espiritual. *“Lo de los libros es difícil porque tiene que ver con muchas circunstancias: si tengo libros en el carro, si tengo el tiempo y si veo la necesidad de hablarles, porque hay pacientes que uno los ve varias veces, que los ve deprimidos, que uno sabe que la cosa va muy mal o son terminales. En esos casos intento hablar con la familia, porque a veces el paciente está más allá que acá.*

Es importante la forma como uno los aborde. Lo primero que hago es saludarlos, preguntarles por el dolor y les explico. A veces les cuento historias que otros pacientes me han contado. Nunca les prometo nada, simplemente les cuento que otras personas les ha pasado lo mismo.

Cuando uno de esos pacientes tiene muy mal pronóstico, yo simplemente les cuento el caso de mi mamá, pero siempre les manifiesto que Dios tiene un plan y que en lo posible hay que tener tranquilidad, pero hay que explicarlo de una manera sutil porque la gente quiere oír que se van a sanar y hay que decirles que todo va a salir bien sin importar el resultado y que hay que disfrutar de la vida, la poca o la mucha que nos quede. Hay que partir del hecho simple que nadie es ateo cuando está enfermo”.

Estando en esas fue que conoció a Jeicy Sánchez, que por esas cosas del destino era trabajadora de **Méderi** en el área de Talento humano. *“Yo trabajaba en Talento Humano como analista. Tenía 36 semanas de embarazo y todos los exámenes indicaban que la niña venía muy grande. Desde mi casa el transporte era muy complicado, porque me tocaba tomar dos buses. En uno de esos, alcancé a pasar la registradora. El bus cogió un hueco y la señora que iba adelante me cayó en el vientre y me presionó contra la registradora. El dolor era muy intenso. Cuando llegue acá, no me podía parar, no me sostenía las piernas. Una niña, Katherine Acero era Auxiliar de Enfermería y venía en el bus, fue la primera que me ayudó. Trajo una silla de ruedas y estuvo conmigo mientras me atendían. Cuando me subieron al tercer piso, me dijeron que yo había sufrido desprendimiento de placenta, por lo que me pasaron a cirugía. En la cesárea, se dieron cuenta de más cosas entre ellas que a la bebé se le estaba enredando el cordón. Yo nunca la escuché llorar y me preocupé mucho. Yo escuchaba que la estaban reanimando porque no respiraba en el momento. Era muy grande. Yo estaba muy angustiada porque creía que mi hija se había muerto y nadie quería decírmelo. En ese momento apareció el doctor Villamil que estuvo conmigo en todo momento, dándome palabras de ánimo. Yo asistía desde hacia un tiempo a una iglesia cristiana, pero en esos momentos yo le preguntaba a Dios*

que por qué, y sentía que fallaba la fe. Yo creía que mi bebé no estaba bien porque nunca la oí llorar. Cuando llegó el doctor Villamil me dijo unas palabras que me tranquilizaron y me reconfortaron. Me habló de su mamá y me regaló una biblia. Es curioso porque yo no recuerdo bien la cara del doctor Villamil, solo su voz y la tranquilidad que transmitía. Luego, cuando me trajeron a mi bebé en perfectas condiciones, todo se me olvidó”.

Jeicy, también tiene entre sus héroes a la doctora Sandra Pinzón, como una de las personas que más la ayudó en este proceso, incluso antes. Paradójicamente, Sandra no la recuerda específicamente, porque en su trabajo se presentan a menudo casos similares y lo que para ella puede ser un hecho cotidiano, para los pacientes puede ser la diferencia entre la muerte y la vida. *“En la medicina uno está dedicado al servicio, cada situación es una historia individual, de pronto con algunos tiene una relación más fuerte y cada uno lo marca de manera individual y sobre todo en esto que es algo tan lindo como acompañar a la mamá al nacimiento, pues uno termina involucrándose. Uno intenta tratar a todos por igual para que se sientan bien atendidos. Yo creo que a ella le marcó la situación, tal vez porque atendimos al bebé muy rápido, en una situación crítica donde ella vio en riesgo su vida o la de su niña. La vida es un milagro, algo muy lindo, un proceso natural que para que llegue a feliz término se requiere un cuidado especial. La*

muerte es otro proceso natural de una vida que termina, aunque la de un niño es fatal, algo difícil de aceptar. Uno no puede mostrar debilidad porque el paciente necesita de uno, aclarar la situación, ofrecerle un trabajo interdisciplinario”.

La vida, finalmente es la historia de seres que se cruzan, muchas veces sin saberlo. Algunos nos marcan, otros apenas dejan huella, pero de alguna manera todos nos vamos construyendo con esos pequeños alientos que los demás nos regalan y por eso el reto diario que tenemos los seres humanos es ser inolvidables, pero para eso necesitamos de la memoria de los otros.





Dr. Carlos Villamil

LA CRUDA REALIDAD, HAY QUE COCINARLA



*Hay que dormir lo necesario
y soñar lo suficiente.*





Alejandra Muñetón

La esperanza es lo último que se pierde, pero es lo primero que se refunde, por eso, vender una ilusión, transmitir una quimera, suele ser una tarea de titanes, pero convencer a un paciente con cáncer, de que siempre hay un mañana, es casi una utopía.

El quinto piso del **Hospital Universitario Mayor de Méderi**, es un piso especial porque en el conviven la rabia y el dolor, la furia y el sufrimiento, el quebranto y el decaimiento, pero también corren presurosas la esperanza, la alegría, la dignidad, el amor, los cuidados, los esfuerzos supremos y la fe.

Manuel Roa Rodríguez llegó un día a Urgencias del hospital, más aburrido que enfermo, en realidad, aquejado por una tos persistente, que incluso lo molestaba para hablar. El creía que una vez más lo iban a incapacitar por un día, a mandar para la casa a tomar ibuprofeno y tal vez algo para esa `virosis, como ya le había pasado en otros sitios. Pero no. *“Acá me tomaron signos vitales y empezaron a hacerme otros exámenes. A las cuatro horas me llamaron para darme los resultados. La doctora me dijo: “Manuel le tengo malas noticia”. Yo me imaginé que iba a decirme que tenía un cáncer de colon porque yo sufría de muchas hemorroides. La doctora me*

dijo: “La noticia es que usted tiene una leucemia linfoplástica aguda”. Esa es una enfermedad tropical, no muy común. Fue duro, pero no tan impactante, porque yo creía que tenía algo. La doctora me dijo que iba a quedar internado desde ese momento. Yo lo tomé muy natural, porque siempre he sido creyente. Siempre pensé que era voluntad de Dios. Yo solamente pensaba en mis hijas y en mi esposa. Me tocó darles la noticia por teléfono. El choque fue muy fuerte para todas. Por lo general se piensa que el cáncer es muerte y en realidad depende de la actitud que uno tome”.

Sin embargo recibir esa noticia es como recibir un palazo en la cabeza, porque que de un momento a otro le digan que es cáncer, no deja de ser algo que impacte, por más tranquilidad de espíritu y paz interior que se tenga.

Al poco tiempo, Manuel empezó su proceso de quimioterapia y así fue que llegó al quinto piso. Allí lo esperaba Alejandra Muñetón, quien de alguna manera le cambiaría la vida.

Al principio fue una relación enfermera – paciente, de sonrisa amable y respuestas educadas, de ir y venir, pero de a poco se fue construyendo una especie de complicidad, tan fuerte, que terminó por parecerse a una amistad. La cosa no fue fácil porque el cáncer de Manuel era muy agresivo y además, porque se le fueron

acumulando otras dolencias, al punto que luego del cuarto ciclo de quimioterapia, perdió un pulmón. Ahí empezó la verdadera batalla, porque Manuel comía muy poco, se deprimía mucho y las ganas de vivir empezaron a esfumarse. Incluso se despedía contentamente de todos sus familiares porque sentía que la muerte estaba subiendo por la escalera y pronto tocaría su puerta. Alejandra, decidió dar la batalla por los dos. Empezó a ponerle avisitos en el cuarto: *la vida es bella, tú puedes, vamos a salir adelante, no hay que rendirse, cosas así, que lo único que buscaban era animar a Manuel para que él mismo se salvara y no se dejara morir. Alejandra cuenta que "una vez me dijo que no entrara más a la habitación. Yo únicamente iba a ponerle los medicamentos y ni le hablaba. Era como la táctica del hielo. Después se dio un espacio y se sintió mal y era él, el que decía que habláramos. Hasta mi hija terminó mandándole mensajes y hablando con él por Whatsapp".*

Manuel y Alejandra decidieron tácitamente que esa era una batalla que iban a luchar juntos porque a fuerza del dolor y de la entrega, de a pocos fueron construyendo un lazo indestructible.

Y al final sucedió lo que muy pocos creían, una especie de milagro. Los médicos pensaron que ya era la hora de mandar a Manuel para la casa. Le hicieron una calle de

honor y aunque estaba contento de regresar con su familia, en la boca quedaba un sabor amargo al saber que de alguna manera, aparte del pulmón, una parte de su vida se quedaba en ese piso. Hoy aún recuerda los olores, los sabores, los sonidos, muchas caras amorosas y dedicadas, profesionales, que encendieron la luz al final del túnel.

“Hay personas que tienen el carisma, que se entregan tanto a su profesión con el ánimo de ayudar a los demás. Es lo que tiene Alejandra. Ella llega contenta a brindarle a uno, lo que necesita. En mi caso, ella vivía muy pendiente”

Hoy Manuel cree ser una persona diferente, incluso mejor que antes de saber del cáncer, más humilde y reflexivo, dedicado a su familia, creyente, hablador, abierto y hasta optimista.

“El cáncer es una lucha, una batalla que hay que pelear con todo. Yo creo que solo no hubiera podido, porque son muchos los momentos en los que uno quiere morir, pero si está la persona adecuada al lado, uno sale adelante. El cáncer necesita de un amigo que lo ayude a salir de ese drama”





Manuel Roa Rodríguez

EPÍLOGO



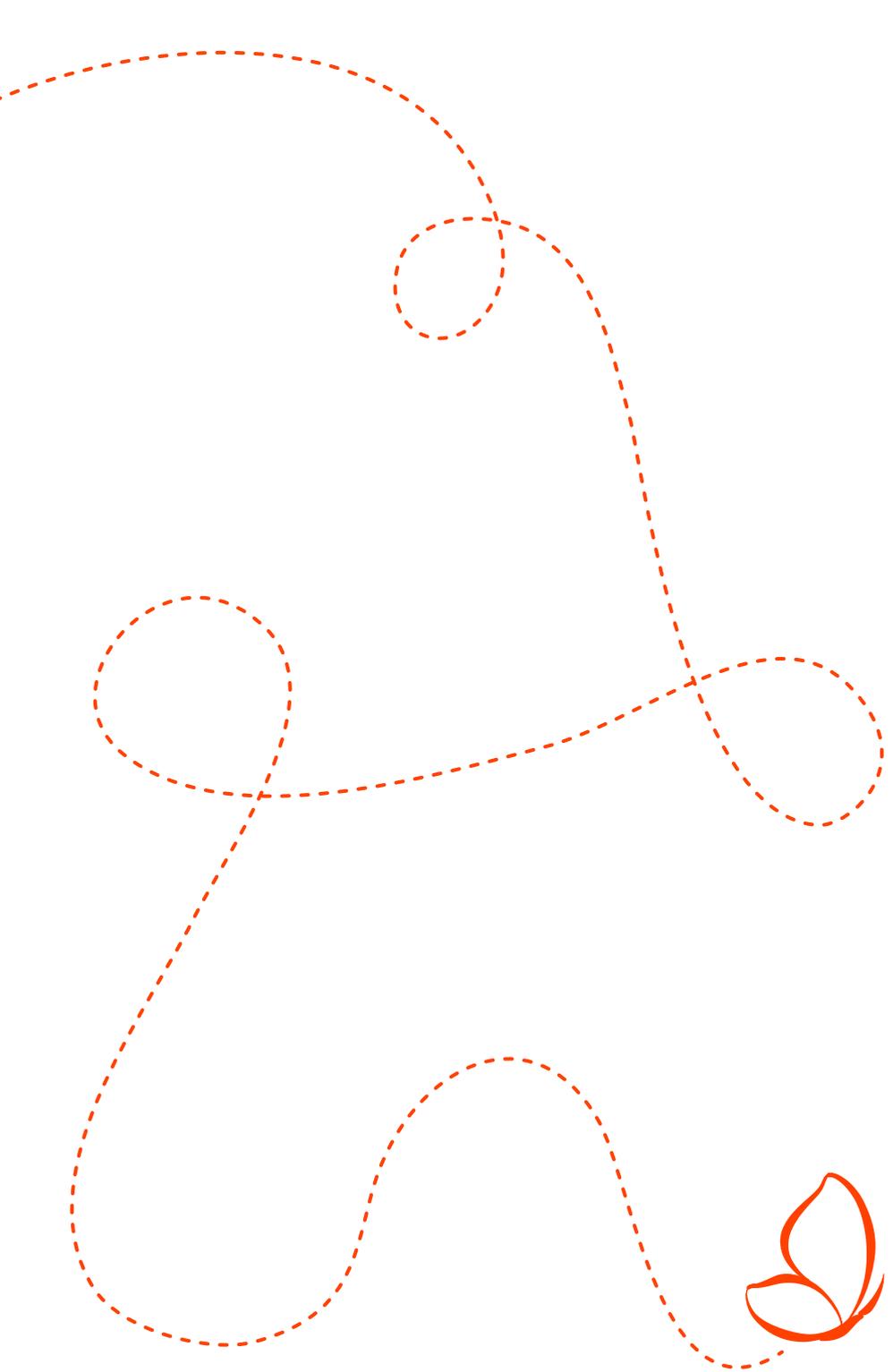
Estamos hechos, el uno por el otro.

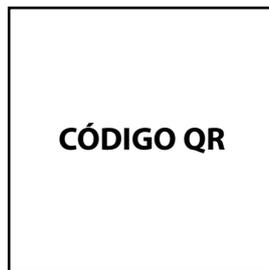
El cariño, tarde o temprano se nos nota, porque a veces lo malo es lo suficientemente bueno. El éxito o el fracaso, el drama o la tranquilidad, la alegría o la tristeza, no dejan de ser un punto de vista. Por eso no hay historias únicas, sólo versiones, que se van entretejiendo como una inmensa red, laberíntica y perpetua.

Somos una especie de *Kintsugi*, el arte japonés de reparar los pedazos rotos. Día a día nos vamos construyendo uno al otro, unos con otros. Todos somos tocados, manchados, iluminados o florecidos, porque al final, eso, no deja de ser cuestión de perspectiva, ya que hasta lo relativo es relativo.

La vida es una suma de poquitos y por eso somos un montón de cicatrices, seres que se caen y se paran, pioneros y colonos, héroes y salvados, que se rompen y se reparan para ser más bellos, como en el *Kintsugi*.

A veces no se necesita un iceberg sino apenas dos cubitos de hielo, porque de lo que se trata no es de brillar, sino de saber iluminar...





*Escanee este código QR y
descargue el libro "Yo Soy Ustedes"
en versión digital.*

